



SERVICIO SECRETO

CON LA PIEL DE UN MUERTO



FRANK McFAIR





SS **SERVICIO SECRETO**





FRANK McFAIR

CON LA PIEL DE UN MUERTO

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 869

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 4.908 - 1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril 1967

© FRANK McFAIR - 1967

sobre la parte literaria

© MATAIX - 1967

sobre la cubierta

© PEÑA - 1967

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

998 — Commodore Blair.

En Colección ALTO SECRETO:

1 — Cinco medias de nylon... y el FBI.

En Colección PUNTO ROJO:

257 — Las Vegas, peligro de muerte.

El hombre le dio un brusco giro al volante. Tan brusco, que su cuerpo fue lanzado contra la ventanilla y se dio un golpe en el hombro. Ello le hizo perder el control del coche.

Comprendió que el choque era inevitable, y dominando el dolor, trató de volver a girar el volante. Solo lo consiguió a medias y entonces se produjo el choque.

No recobró el conocimiento hasta casi diez horas después, en el quirófano del hospital.

Un policía motorista vio el accidente desde lejos y montó en la máquina a toda velocidad, mientras abría la radio para comunicar con el más próximo coche patrullero.

Cuando llegó al lugar del accidente, uno de los coches estaba empezando a arder. Otro automóvil, que seguía a ambos, permanecía cerca, mientras sus ocupantes trataban de sacar de entre las llamas al ocupante del coche incendiado. Con la ayuda del policía, lo consiguieron.

Entonces, y mientras llegaba el coche patrulla, se ocuparon del otro automóvil. Dentro de este había un hombre, y estaba muerto. Lo comprendieron inmediatamente. Se limitaron, pues, a sacarlo del automóvil y a dejarlo en la cuneta, tapado con una manta, mientras llegaba la ambulancia.

El patrullero Jackson dio el informe al sargento del coche. Este asintió.

—Se ha clavado el volante. No llevaba cinturón de seguridad. Diablos, ¿cuándo se darán cuenta de que al pedirseles que lo lleven no lo hacemos por afán de darles a ganar a las compañías fabricantes? Este hombre hubiera podido salvar la pelleja de haberlo llevado puesto.

Mientras llegaba la ambulancia el sargento le registró, buscando la documentación. Stephen Ogilvie, viajante de comercio, representante de una fábrica de objetos de regalo.

El cuerpo de Ogilvie fue trasladado a la Morgue, mientras se trataba de localizar a sus familiares. Cuando el agente encargado de ello colgó el teléfono, dijo:

—No contesta nadie. Arnold, acérquese.

El sargento Arnold cogió un coche patrulla y fue hasta las señas que figuraban en el carnet de conducir del muerto y en su documento de seguridad social. Se trataba de una casita de madera, en la avenida del Gobernador Rattigan, al final de la calle.

Llamó al timbre varias veces, sin que nadie le abriese. Por fin, se

encendió una luz en las ventanas de la casa de al lado. Una mujer se asomó.

—¿Ocurre algo, agente?

—¿Vive aquí míster Ogilvie?

—Si. Pero quizá no esté.

—Escuche, señora, ¿tiene familia? Me refiero a Ogilvie.

—Vive solo, agente.

—¿Completamente solo?

—Si. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha muerto. Un accidente.

La mujer se llevó las manos a la boca. Era joven y estaba embarazada.

—¡Pobre señor Ogilvie! Una persona tan buena...

—¿No saben ustedes si tenía parientes en algún sitio?

—No... Creo que no. Al menos nunca habló de ellos.

—Bueno, lo dejaremos así.

El sargento Arnold tomó unas rápidas notas y volvió al Precinto 13.

—Vivía solo —dijo—. No se le conocen parientes.

El teniente O'Mahoney, jefe del Precinto, se encogió de hombros.

—Bien, telefonaré a la Morgue. Trámites usuales.

Pero mientras cogía el aparato se quedó con él a medio camino entre la mesa y el oído.

—La compañía de artículos de regalo... ¿cómo dijeron que se llamaba?

—La Royal —dijo uno de los escribientes policiales.

—Bueno, son las cinco de la mañana. Supongo que abrirán a las ocho. Nos acercaremos allí. Por el momento, no vamos a hacer nada.

Pero a las siete de la mañana, y mientras dormitaba con la cabeza entre las manos, se sobresaltó al oír el sonido del teléfono. Era la Morgue.

—Teniente, ¿han encontrado a los familiares del fiambre?

—No. No los tiene, al parecer.

—Bueno, pues al parecer, sí los tiene. Un hombre se ha presentado aquí pidiendo hacerse cargo de su cuerpo.

—¿Si? ¿Quién?

—No lo sé. Pidió verlo para identificarlo...

—¿Cómo diablos puede ser eso? No se ha publicado. Los periódicos no han salido aún a la calle. Nosotros, al menos, tampoco hemos hablado con los periodistas.

—Tampoco nosotros, teniente; no comience a acusarnos.

—¿Entonces, de dónde diablos ha salido ese hombre?

—No lo sé, teniente.

—Escuche, si vuelve, reténgalo ahí hasta tanto lleguemos nosotros, o encárguese de que alguien lo interrogue.

—De acuerdo.

A las ocho de la mañana, O'Mahoney, recién afeitado, se dirigió con Arnold a la Royal. Una secretaria los atendió en la sala baja de las oficinas.

—¿Ogilvie? Sí, es uno de nuestros representantes para la zona oeste.

—Era —dijo lacónicamente O'Mahoney.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ha muerto. Un accidente en la ruta 108. Chocó contra otro coche, y murió.

La muchacha había palidecido.

—¿Míster Ogilvie? ¿Stephen?

—Sí, creo que ese era su nombre, ¿no?

La joven parecía a punto de vomitar. Su cara estaba verdosa.

—Pero ¡no es posible!

—Cuando yo se lo digo... —respondió O'Mahoney, aburrido.

—Un hombre tan lleno de vida...

—¿Ocurre algo, Lydia? —preguntó una voz.

Se volvieron. Un hombre de cabellos blancos, rostro sonrosado y manitas de muñeca había aparecido en la puerta de uno de los despachos.

—Se trata de Stephen... de Ogilvie, señor Bellamy. Dice el agente que... que ha muerto.

Míster Bellamy abrió mucho los ojos.

—¿Muerto? ¿Cómo?

—Un accidente —respondió el teniente con paciencia—. Un accidente de carretera.

—Pero... ¿Cómo puede ser posible? Un conductor tan cuidadoso como él...

—La carretera estaba mojada. Empezaba a llover. Chocó casi de frente contra otro coche. Este se incendió.

—Es... incomprensible...

—Bueno, lo parece nada más. El hecho es que ha sucedido, señor Bellamy.

—Y...

—Queríamos preguntarles si tenía parientes que puedan hacerse cargo del cuerpo. Al parecer vivía solo.

—Sí —dijo la muchacha.

O'Mahoney la miró con curiosidad.

—¿Usted lo conocía bien, *miss*...?

—Fascatti. Sí, lo conocía...

Lanzó una oblicua mirada hacia míster Bellamy. Este parecía aturdido aún.

—Bueno, ¿tiene o no parientes?

—No... no lo dijo jamás.

—¿Qué clase de hombre era?

—Pues... muy buen vendedor. Un hombre de personalidad, dinámico...

Era Bellamy quien respondía.

O'Mahoney miró a Lydia Frascatti.

—¿Si?

—Sí, agente. Era un hombre buenísimo.

—Lo siento —respondió el teniente rutinariamente—. Bien, esperaremos entonces el plazo de siete días que marca la ley, y pondremos un anuncio en los periódicos. Si nadie se presenta...

—Agente...

—Teniente.

—Teniente, Ogilvie era para nosotros no solo un vendedor, sino... un amigo. Si pudiéramos hacer algo por él...

—¿Algo?

—Bueno, hacemos cargo del cuerpo... La Royal pagaría gustosa los gastos.

—Bueno, pero tenemos que esperar siete días. Es la ley.

—Si se pudieran activar... Los trámites, digo.

—No lo creo.

La joven levantó los ojos.

—Yo... creo que no me encuentro bien...

—Vaya, Lydia, vaya —dijo afectuosamente Bellamy. Lydia salió corriendo.

—Es comprensible, teniente. Eran... muy amigos.

—Comprendo. Bien, míster Bellamy, nosotros nos vamos.

Llegaron a la Morgue, situada en los sótanos del hospital Presbiteriano, en tiempo récord, debido a que siendo sábado comenzaba el éxodo de la gente hacia el campo.

El encargado los recibió, mirando unos ficheros.

—¿Parientes?

—No.

—El forense ha dicho que es innecesario hacerle la autopsia. Se ha limitado a unas muestras de sangre. No estaba borracho. La muerte ha sido producida por clavarse el árbol del volante en el pecho.

—Comprendo. ¿Sus objetos personales?

—Ahí, en ese sobre.

O'Mahoney los examinó. Tarjeta de seguridad social, carnet de conducir, licencia del ejército, dos paquetes de cigarrillos, un encendedor, cartera con tarjetas profesionales, y ciento ocho dólares en billetes y moneda menuda.

—¿No es gran cosa, verdad? —preguntó el teniente.

—Lo usual. Y este venía bien provisto. Los he tenido aquí que no llevaban más que su esqueleto y algunas pocas libras de carne encima.

Arnold había cogido el encendedor y lo examinaba curiosamente.

—¿Qué mira, Arnold?

—Teniente, es que soy... bueno, una pequeña manía. Colecciono estas cosas.

—Bien, si no se presenta nadie para reclamarlos, puede pedirlo a la Jefatura.

—No es para tanto. Es que nunca había visto uno igual.

—¿Por qué? A mí me parece común. Tan común como el mío.

—No, pesa mucho.

—Bueno, vámonos.

A las once de la mañana, el encargado de la Morgue les llamó por teléfono.

—Han venido a pedirnos disponer del muerto y da sus cosas.

—¿Quién? Ya conoce usted los trámites, ¿no?

—Claro que sí, tan bien o mejor que usted, teniente, pero estos insistían mucho.

—¿Quiénes?

—Dos hombres. Dicen ser amigos suyos.

—¿Les han preguntado sus nombres?

—Un tal Rosen y un tal Smith.

—¿Están ahí?

—No, se han marchado.

—Si vuelven...

—Sí, ya lo sé. Les haré saber lo mismo que les dije ahora: que tiene que pasar el tiempo reglamentario.

O'Mahoney colgó el teléfono pensativo. Luego, decidiéndose de pronto, llamó a la compañía Royal de artículos de regalo.

—Escuche, míster Bellamy, ¿han enviado ustedes a alguien a la Morgue pidiendo hacerse cargo del cuerpo de míster Ogilvie?

—Por cierto que no. ¿Por qué?

—Bueno, alguien lo ha hecho. Míster Rosen y míster Smith.

—No los conozco.

—Ni yo.

Colgó el teléfono.

—Arnold, ya sé que se sale de nuestras atribuciones, pero en este momento estamos parados. Nos volvemos a la Morgue.

—¿Con qué objeto, teniente?

—Me preocupa tanto interés por ese individuo que ni parientes tenía.

—Bueno, pero amigos... Ya dijo Bellamy que...

—Lo que dijo Bellamy me lo conozco de carrerilla. Era un hombre al que todos querían, bueno, pero... ¿y esos tipos que aparecen y desaparecen tratando de llevarse su cadáver?

—Teniente...

—Vamos.

Estaban en la Morgue un momento después. El encargado los miró con cierto humor.

—Déjeme echarle un vistazo al cadáver, ¿quiere, Parkins?

—Bueno.

Cogió una manija del enorme armario refrigerador y tiró de ella. El cajón salió rodando silenciosamente sobre sus cojinetes de bolas.

—Aquí lo tienen.

O'Mahoney lo miró atentamente. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de rasgos regulares, barbilla voluntariosa y cabello oscuro.

—No estaba mal, ¿verdad? —preguntó el encargado—. Los he visto mucho peores. Este al menos parecía hacer ejercicio y el bronceado de sus facciones no procede de una lámpara ultravioleta, sino que es natural. Un buen tipo, en una palabra.

—Arnold —dijo el teniente—. ¡Arnold!

El sargento estaba examinando el encendedor del muerto.

—¿Qué, teniente? —preguntó, sobresaltado.

—¿No le recuerda a alguien esa cara?

Arnold le echó una ojeada.

—Válgame Dios, teniente, claro que sí. Si...

—Tiene que ser él. No existe un parecido así en...

—¿De qué rayos están ustedes hablando, teniente? —preguntó Parkins.

—Arnold, haga una llamada al bar de Martine. Pregunte si está allí.

—Sí, señor.

—¿Si está allí, quién? —preguntó el encargado.

—John Clare.

—No sé quién es.

—Un estafador.

—Pero...

—Se le parece como si fueran hermanos gemelos. Bueno, al menos en lo que a mí se me alcanza.

—¿Cree usted que es él?

—Bueno, yo no creo nada. Me limito a querer saber si Clare tenía o no una doble vida. Aunque no lo creo. Lo teníamos bastante vigilado últimamente.

Arnold volvía.

—Teniente. Johnnie Clare me ha contestado por sí mismo. No es él el muerto.

—Bueno, que me crucifiquen... Parecido mayor no lo he visto en mi vida. ¡Arnold!

Arnold había vuelto a coger el encendedor.

—¿Qué diablos le ocurre?

El encargado los miraba alternativamente.

—¿Se puede saber...?

—Teniente —dijo Arnold en voz baja.

—¿Sí?

—Teniente, ¿podríamos llevar esto a alguna parte?

—Arnold, si está usted bromeando...

—No es sueños, teniente.

Había sacado de su bolsillo el llavero, en el que figuraba un diminuto destornillador. Trataba de abrir el encendedor.

—Arnold, no toque eso...

—Aquí lo tiene, teniente.

O'Mahoney se inclinó sobre el encendedor.

—¿Qué es eso?

—Una cámara fotográfica, señor.

—Bueno, muchos encendedores... Déjeme ver ese.

Lo cogió y le dio vueltas entre sus dedos.

—¿Usted cree?

—Lo único que sé es que es una cámara fotográfica.

O'Mahoney se decidió. Sacó el pañuelo del bolsillo y envolvió en él el encendedor.

—Parkins, nos lo llevamos.

—¡No pueden hacer eso!

—Bueno, es un favor que le pedimos, ¿quiere hacerlo? No nos llevará mucho tiempo.

—Pero...

—¿Nos ayuda o no?

La policía puede hacer muchos favores. Parkins asintió después de dudar un poco aún.

—Está bien, llévenselo.

Salieron de la Morgue, y se dirigieron a Jefatura.

O'Mahoney pidió hablar con el inspector jefe. Este les recibió enseguida.

El teniente le explicó el asunto. El inspector se hizo cargo de ello al instante.

—Que lo lleven al laboratorio —ordenó.

O'Mahoney permaneció allí, junto con Arnold y el inspector, hasta que al cabo de media hora, el técnico del laboratorio regresó.

—Película virgen, inspector, excepto...

—¿Qué?

—Excepto uno de los micros. Hay en él una serie de cifras. Números.

—¿Números?

—Sí, señor.

El inspector frunció las cejas.

—¿No saben lo que significa...? No, claro, es una pregunta tonta.

Bien, teniente, ¿qué le parece a usted?

—Yo, señor... Bueno, yo diría que eso no nos concierne a nosotros.

—No, quizá no...

Se rascaba la barbilla.

—No me atrevo a hacerme cargo del asunto. Puede ser una tontería, pero pudiera tener su importancia. Voy a llamar a míster Cortman.

—¿Quién, señor?

—Cortman, del Servicio Secreto... Bueno, no sé exactamente qué papel representa, pero tiene conexiones con Washington. Oficialmente pertenece al Tesoro, pero... no sé si es o no funcionario. Todo lo que sé es que tenemos que conectar con él en aquellos casos que sobrepasen nuestras atribuciones. Yo no sé si este lo será, pero por si acaso voy a llamar a Cortman.

—Conforme, señor.

—Y... una cosa, teniente: ni una palabra. ¿Quién sabe algo acerca de esto?

—Pues... Arnold, que fue quien lo descubrió y... el encargado de la Morgue.

—Telefonaré a la Morgue. Y ustedes, ni una sola palabra. Gracias, sargento Arnold.

—Pues... de nada, señor.

Cortman era un hombre de mediana estatura, de pelo gris y mandíbula firme.

Estaba examinando el microfilm, en una ampliadora. Junto a él había un hombre de pesada cabezota blanca y ojos inteligentes.

—Ni idea —murmuró el último—. Habrá que llevarlo al departamento de claves. Claro, siempre que esto pueda tener algún interés.

—No lo sé —respondió Cortman—, y por eso quiero enterarme de ello.

—Parecen cifras sin ilación entre sí, ni correspondencia numérica. De ser una clave, será probablemente de las más sencillas. Que, a veces, son las más difíciles de aclarar. Usted coge un libro y va anotando letra por letra, asignando a cada una con un número su posición en la frase, la frase dentro del párrafo y por fin la hoja. Mientras no encuentre el libro de que se trata, no llegará a aclararla. Claro que también podrían ser números sin sentido.

—Nadie hace cosas sin sentido con un microfilm —respondió Cortman, secamente—. Son demasiado caros.

Se puso en pie. Cogió el teléfono.

—¿Míster Parkins? ¿Siguen teniendo ahí todos los efectos del muerto? Me refiero a Ogilvie.

—Sí, señor.

—Vamos para allá.

Cortman y el técnico, subieron al automóvil y se encaminaron hacia el hospital Presbiteriano. Cuando llegaron a él, Parkins les enseñó el cadáver.

Le miraron. Luego, Cortman pidió las ropas. Cuando las tuvo delante comenzó a examinarlas con atención. Una vez terminó, pidió el teléfono. Marcó un número y dijo:

—Allmann, venga para acá con dos de los muchachos. Enseguida.

Allmann llegó media hora más tarde. Era domingo y las calles estaban desiertas.

—Quiero que revisen esas ropas con toda atención. Si no ven nada extraño en ellas, envíenlas a los laboratorios, a Washington. ¿Me han entendido?

—Sí, señor. ¿No sería mejor enviarlas directamente...?

—Primero quiero que me digan si todo está en orden.

Las examinaron atentamente. Allmann se encogió de hombros.

—No parece haber nada... Espere.

Tenía en la mano un par de zapatos de piel suave. Estaba mirando el tacón de uno de ellos.

—Espere —repitió—. Quizá aquí...

Sacó una navaja del bolsillo y comenzó a hurgar en los tacones de goma. Con cierto esfuerzo, consiguió cortar un trocito de ella.

—Parece...

—Si.

Cortman se inclinaba sobre los zapatos. El tacón, empujado por la navaja, giró sobre un eje central y dejó al descubierto una cavidad.

Y en ella, un pequeño rollo plateado.

—¿Un microfilm?

—Parece, míster Cortman.

—Cuidado con él. Mire en el otro zapato.

El tacón del segundo zapato era genuino. Nada se guardaba dentro de él.

—Allmann, usted y yo vamos a ir a Washington. Entérese de cuándo sale el primer avión.

—Sí, señor.

—Pero antes...

Se volvió hacia Parkins, el encargado de la funeraria.

—¿Nadie ha vuelto a preguntar por este hombre?

—¿Quiere decir si han venido tratando de llevarse sus restos?

—Si.

—No, nadie.

—Póngame en comunicación con el policía que ha llevado el asunto.

—Es el teniente O'Mahoney, del Precinto 13.

—Bueno, iré a verlo. Y... una cosa. Ni una sola palabra acerca de esto. Ni una sola.

Los ojos de Cortman eran duros, de una dureza diamantina.

—No, señor, claro que no.

—Quiero que me entienda bien. Si algo de esto sale a la superficie, usted y yo vamos a tener una charla... en otro lugar.

—Descuide, señor.

—No es cosa de broma.

Salieron de la Morgue. Cuando llegaron al Precinto 13, O'Mahoney los recibió.

—¿Encontraron al...?

Calló, al ver la expresión de Cortman.

—Teniente, que todos aquellos que han tenido algo que ver con este asunto mantengan la boca cerrada.

—Sí, señor.

—No puedo decirle nada, pero el asunto puede ser muy grave.

Y en ese momento, O'Mahoney tuvo una de las inspiraciones que le

habían hecho famoso al mando del Precinto 13.

—Míster Cortman, ignoro qué es lo que ocurre, pero quisiera decirle una cosa.

—¿Si?

—Ese hombre nos recordó a mí y a uno de mis muchachos a alguien. Bueno, decir que nos recordó es falso. La verdad es que al principio creímos que era él.

—¿Qué está usted tratando de decirme?

—Que ese Ogilvie, el muerto, es extraordinariamente parecido a un tipo que nosotros tenemos fichado.

—¿Quién es? —preguntó Cortman rápidamente.

—Un tal Clare, John Clare. Un estafador. Ha estado un par de veces a la sombra. También tenemos sospechas de que ha efectuado varios robos de altura, pero no se le han podido probar.

Cortman frunció las cejas.

—¿Está vivo?

—Como usted y como yo, míster Cortman.

—Bueno, gracias. Retendré el dato. Y ahora, adiós, teniente. No olvide lo que le he dicho.

—No, señor.

Cuando Cortman salió, O'Mahoney se volvió hacia el sargento Arnold.

—Al menos podría haber demostrado algo más de interés, ¿no?

Arnold se encogió de hombros.

—Esa gente de Washington se las sabe todas, o por lo menos se comporta como si fuese así. Bien, teniente, nosotros hemos hecho lo que hemos podido, pero... ¿qué diablos piensa usted que habría en ese microfilm?

—¿Y usted?

—Ni idea, teniente.

—Bueno, el caso es que probablemente no volveremos a oír hablar de ese asunto.

—Pues a mí me gustaría saber...

—A nuestro trabajo, Arnold, a nuestro trabajo.

Pero diez días después volvieron a oír hablar del asunto.

Míster Cortman se presentó en el Precinto 13 a las diez de la mañana.

—Teniente, ¿qué me dijo usted de un hombre que se parecía a míster Ogilvie?

—Que existe un hombre que se le parece mucho —respondió el teniente, que había pasado toda la noche persiguiendo a un maleante negro, que tuvo la humorada de subirse a lo alto de un edificio y tirotearse allí con los agentes de la policía.

—Dígame quién es y lo que hace.

—John Clare... Espere.

Pidió la ficha. El sargento Arnold se la trajo.

—Tenga, léala.

Cortman lo hizo en voz alta.

—John Clare, alias Clare Forsythe, alias John Farragut, alias...

Bueno, eso no importa. Condenado dos veces por estafa... Hum...

Se había enfrascado en la ficha. Una vez sonrió.

—¿Le hizo gracia la manera cómo se alzó con las perlas de *mistress* Van Rosen? —preguntó O'Mahoney.

—La tiene, positivamente.

Dejó la cartulina a un lado.

—¿Dónde se le puede encontrar?

—Por regla general en el local de Martine. Bar, billares y máquinas tragaperras. Calle Prector, tres, dos, cinco —recitó O'Mahoney de memoria.

—Teniente, le voy a pedir un favor.

—Bueno, usted manda.

—Es un favor... secreto, teniente.

—Sigue usted mandando.

—Traiga aquí a John Clare y déjeme hablar con él.

—Conformes. Lo tendrá aquí dentro de una hora si no se ha ausentado de la ciudad y no creo que lo haga porque está en libertad vigilada.

Mientras se ponía en pie, dijo, casualmente:

—¿Ocurre algo, Cortman?

—Pues... ocurre que no puedo hablar de ello. Usted lo comprende, ¿verdad?

—Ni una palabra, pero acepto las tuyas. Enviaré a un patrullero para traerlo.

—Gracias, teniente. Comprenda, no quiero ser yo mismo quien vaya a buscarlo.

—Sigo sin comprender, pero... bueno, el paquete es suyo.

Una hora más tarde, el sargento Arnold apareció en el despacho del teniente. Con él iba un hombre de unos treinta y cinco años, de cabello oscuro y ojos azules.

—Bueno, teniente, encantado de volverlo a ver, pero... ¿le importaría si le dijese que me debe usted diez pavos?

—¿Yo? —dijo el teniente—. Usted es un bromista, Clare.

—Se trataba de una partida de billar con un paletó que creía poder ganarme porque en su pueblo era el campeón universal. Le hubiera ganado con las dos manos atadas a la espalda y jugando solo con los pulgares de los pies.

—Bueno, eso puede esperar.

—¿De qué se trata, teniente? Vea, estoy en libertad vigilada. No

llevo armas, de eso ya se ha ocupado el sargento, y no he cometido delito alguno.

—No, bueno, pero...

Cortman se puso en pie.

—Clare, ¿quiere hablar conmigo un rato?

—Claro que sí. ¿Policía?

Cortman se encontró enfrentado a dos ojos azul-gris, extraordinariamente inteligentes.

—En cierto modo. Teniente, ¿es verdad que este hombre no lleva armas?

O'Mahoney entornó los ojos. La situación no le gustaba.

—Arnold, ¿las tenía?

Arnold no era tonto.

—Pues... creo que sí.

—Esperen un momento —dijo Clare—. ¿Qué muerte intentan colgarme?

Arnold sacó una pistola y la puso sobre la mesa.

—La encontré encima de este hombre.

Había mirado a Cortman. Este asintió con la cabeza. La cosa iba por buen camino, al parecer. Los dos policías respiraron a gusto.

Clare no. Clare hizo una profunda inspiración.

—Todos están de acuerdo, ¿no?

—Teniente, ¿cuándo tendría este hombre que presentarse ante un tribunal por tenencia de armas en estado de libertad vigilada?

—Oh, tan pronto como el juez lo dispusiese. Digamos... mañana mismo o al otro día.

Clare se agarró con ambas manos a la mesa.

—Aquí hay algo que no comprendo bien. Todos sabemos que esa pistola no cabalgaba conmigo. Digamos...

Entornó los ojos.

—Digamos que me quieren colgar algo, y dentro de un momento me van a pedir colaboración. ¿Qué quieren? ¿Un chivatazo sobre algún asunto? No soy un cuclillo.

—No —dijo el teniente.

Y Cortman:

—Clare, usted bien ve cuál es la situación. ¿Quiere que usted y yo charlemos un rato?

Clare se volvió hacia él.

—Usted no parece un policía corriente. Usted parece... digamos un jefe.

—Bueno, en cierto modo lo soy. ¿Charlamos?

—De acuerdo. Pero... ¿charlando podría saber por qué alguien quiere meterme en la caponera?

—Sí.

—Entonces, conforme.

—Venga conmigo.

Cortman se volvió hacia el teniente O'Mahoney.

—Teniente, queda en suspenso el asunto. Una simple llamada mía le servirá para saber si este hombre debe aparecer ante un tribunal acusado de violar la libertad vigilada o no. ¿Entendido?

—Sí.

Cortman le había colocado un papel encima de la mesa mientras hablaba. En él, destacadas claramente en el ángulo superior derecho, había las palabras: *Top secret*. (Secreto absoluto).

—Vamos, pues.

Antes de salir, Cortman dijo:

—Clare, bájese el ala del sombrero y súbase el cuello de la chaqueta.

—Usted manda, patrón. No pienso resistirme. Sé lo que me espera si me acusan de tenencia de armas... en libertad vigilada. Y no quiero que lo hagan.

—Usted es un muchacho listo.

Clare se bajó el ala del sombrero y se subió el cuello de la chaqueta. Cortman le empujó rápidamente. Un automóvil negro había maniobrado entre los coches policiales parados y la portezuela se abrió.

Cortman lo metió en el coche.

—Adelante. A casa.

Apenas el automóvil se puso en movimiento, Cortman sacó un pañuelo del bolsillo.

Cogió a Clare por el cuello y le dijo.

—Quieto, Clare. Le voy a vendar los ojos.

—Si no lo hubiese visto a usted en el despacho del teniente, diría que esto es un ajuste de cuentas, míster...

—No se preocupe. No le va a ocurrir nada.

—Eso espero. Pero... ¿no resulta todo esto un poco... de película?

—Puede, pero es necesario.

El coche se había puesto en marcha. Cortman le vendó los ojos.

Cuando el automóvil se detuvo, Cortman abrió la portezuela y lo empujó de nuevo. Unas escaleras empinadas, el chirriar de una puerta...

Clare sintió que unas manos le quitaban el pañuelo y al instante se sintió deslumbrado por el foco de un aparato eléctrico. Una luz tan viva que le hizo parpadear y cerrar los ojos.

—Oigan...

—Siéntese.

—Bueno, pero...

—Siéntese.

Lo hizo.

Una voz neutra dijo:

—John Clare, le voy a leer su historial delictivo.

—Oh, lo conozco bien.

—No importa. Se lo voy a leer.

Clare sintió que a su alrededor había varios hombres. La luz le impedía verlos, pero sentía sus pisadas y el olor de los cigarrillos que estaban fumando.

—¿Pueden darme Uno?

—Si.

Una mano salió de la luz y le puso un cigarrillo encendido en la boca.

—Usted ha cometido dos estafas probadas, y varias sin probar. Dos robos sin probar, y quizá otros que le pueden ser atribuidos...

La voz monocorde prosiguió durante casi diez minutos. Clare, fumando nerviosamente, parpadeaba.

—Y por todo lo expuesto, y ante el hecho de habersele encontrado un arma, usted puede ser condenado a la más alta pena ocurrente en este Estado. Esto es, condena a perpetuidad.

—Ustedes saben que la pistola...

—No sabemos nada. Pero...

—Bueno, disparen. Algo quieren de mí, si no es... ahorcarme.

—No queremos ahorcarlo.

Otra voz dijo:

—Queremos colaboración.

—Bueno, ustedes lo dicen todo. ¿Qué clase de colaboración?

—Una que podría llevarle a la remisión de todos sus delitos. ¿Entiende?

—Creo que sí. Que borrasen mi historial de la policía.

—Exacto.

—¿Qué cosa esperan de mí?

La luz se apagó. De momento quedó en tinieblas hasta que sus ojos se acostumbraron de nuevo. Una tenue bombilla iluminaba la habitación.

Vio siluetas a su alrededor. Pudo contar hasta cinco. Y enfrente de él, un hombre, cuya cara no estaba iluminada. No era Cortman. Lo sabía por la voz.

—Clare, lo que vamos a decirle es tan peligroso como una pistola cargada.

—Nunca uso armas si puedo evitarlo.

—Pero las ha usado. Usted estuvo en la guerra de Corea, después de salir de la Universidad. Usted obtuvo allí una excelente calificación como tirador en el 1.º de Caballería.

—Eso sí lo puedo admitir. Sé manejarlas, pero no las utilizo.

—Usted estuvo a punto de graduarse como sociólogo en la Universidad, pero colgó la carrera antes de terminarla.

—Pues... la verdad era que necesitaba dinero. Rápido.

—Porque su madre necesitaba ser operada y precisaba el dinero.

Clare se incorporó. Parpadeó.

—¿También saben eso?

—Lo sabemos... todo. Hasta cómo se llamaba la chica a la que acompañó una tarde, después de salir de la Universidad ya la besó en el porche de su casa. Lo hemos estado disecando durante diez días.

—Bueno... ahora creo que nada de lo que me digan me va a sorprender.

—Si. Es posible que sí le sorprenda. Pero... nunca podrá hablar de ello si no colabora con nosotros.

—¡Demonios, estoy esperando!

—Pues escuche, Clare.

Y Clare se sorprendió. Bueno, decir que se sorprendió no es decir bastante. Se sintió completamente aturdido.

Y no era un niño, ni siquiera un hombre que pudiera aturdirse fácilmente.

—Bien, ahora dispare usted con esto. Pero antes diga qué marca es.

Le habían puesto en la mano una pistola. La miró. Un solo segundo le bastó para saber su marca y su nacionalidad. Rusa, modelo «Zeghyn», calibre 635. Lo dijo.

La levantó, apuntó al blanco y disparó. Una lucecilla roja se encendió sobre la figura móvil. Había dado en el centro del pecho.

—Bien.

El instructor era un hombre de unos cuarenta años.

—Tenga esta otra.

—Checoslovaca, «Skoda», calibre 9.

—Dispare.

La amatilló y disparó. La luz roja, que se había apagado, volvió a encenderse.

Y así, durante dos horas. Pistolas de diez nacionalidades distintas, rifles de otras tantas, ametralladoras portátiles...

Cuando pasaron las dos horas, dijo:

—Bebería una cerveza.

—Se la ha ganado.

—¿Todo bien, instructor?

—Ya se enterará más tarde. Míster Cortman quiere verle en el despacho del director. Pero puede ir al bar a beberse su cerveza.

Clare lo hizo. Luego se encaminó hacia el despacho del director atravesando el amplio patio de tiro, donde los agentes se entrenaban en disparar sobre blancos móviles y fijos.

Cortman le esperaba junto al director. Los dos hombres estaban serios.

—Clare, tengo aquí sus puntajes.

—¿Y bie...?

—Son buenos, no tengo por qué negárselo. En un mes usted ha demostrado que puede desarrollar la labor que nosotros esperamos de usted. Solamente hay una cosa que falla.

—No soy Dios, míster Cortman.

—No, ni lo esperábamos de usted. La cosa que falla en usted es el dominio del idioma ruso.

—¿Puede usted decirme de alguien que haya podido dominarlo en un mes?

—Nadie.

—Bueno, entonces...

—Clare, su madre era checa. Por eso usted habla el idioma casi

como un nativo.

—Si.

—Y el ruso, idioma pariente del checo, lo ha aprendido en un tiempo récord. Pero...

—¿Si?

—Pero procure utilizarlo lo menos posible. Y ahora, Clare, le voy a decir una cosa.

—Estoy escuchando, señor Cortman.

—Hemos tenido mucha suerte encontrándolo a usted. De no haberlo hecho, hubiera sido absolutamente imposible intentar lo que... vamos a intentar con usted.

—Míster Cortman, estoy de acuerdo con lo de la suerte, pero... recuerde que me prometió explicarme el asunto. Solo lo hizo a medias y... muy a medias.

—Bien, creo que ha llegado el momento de hacerlo. Escúcheme atentamente.

Hizo una pausa. Ofreció un cigarrillo a los otros dos hombres y los tres fumaron durante casi un minuto.

—Clare, míster Ogilvie, ese buen vendedor de objetos de regalo era pura y simplemente un espía checo.

—Eso ya lo suponía. No olvide que soy un hombre listo. Por eso me eligieron.

—Déjeme terminar. Ignoramos toda la información que habrá podido mandar a su país, pero ha debido ser bastante voluminosa. El tinglado estaba montado casi a la perfección. Solo falló... un imponderable. Un estúpido accidente de carretera.

Clare expelió el humo por la nariz.

—El accidente no fue solo desgraciado para Ogilvie, sino para mí.

—Lo siento, pero así son las cosas.

—Bueno, continúe.

—La fábrica de artículos de regalos no era más que una espléndida pantalla. Podía recibir objetos de todas partes del mundo y... enviarlos. No necesito decirle que dentro de ciertos objetos enviados a países no comprendidos en el telón de acero, había mensajes en microfilm que agentes bien adiestrados se encargaban de remitir a su punto de destino: Checoslovaquia.

—¿Me permite una pregunta?

—Si.

—¿Estaban implicados en el asunto todos los de la Royal?

—Todos, no, al parecer. Solamente Bellamy, el director gerente, y su secretaria, Lydia Frascatti.

—¿Son extranjeros?

—No, norteamericanos, desgraciadamente. Los hemos detenido a ambos. Y también hemos detenido a dos hombres que se hacían llamar

Rosen y Smith. No eran sus verdaderos nombres, naturalmente. Lo único sensible es que... la policía había levantado la caza al decirles a Bellamy y a su secretaria que Ogilvie había muerto. Entonces intentaron por todos los medios hacerse cargo del cadáver para evitar que pudiéramos identificarlo. No lo consiguieron, pero no sabemos si han podido comunicar con el otro lado del telón de acero la noticia de que Ogilvie ha muerto. Suponemos que no.

—¿Suponen nada más? Es mi cuello el que me juego.

—Creemos que no han podido hacerlo.

—¿No hay manera de saberlo seguro?

—Estamos tratando de hacerles hablar, pero aún no hemos conseguido nada.

—Y, a esos contactos en países extranjeros, ¿los han pescado?

—No. No hemos querido hacerlo para no entorpecer nuestro propio juego. Lo que hemos hecho ha sido dejar de transmitir los mensajes. Nos exponemos a que sospechen, pero es necesario. Los hubiéramos hecho detener por la Interpol de no haber mediado la extraordinaria circunstancia de encontrarlo a usted. Y ahora, Clare, le voy a decir una cosa: Ya nos hemos expuesto demasiado como para no confiar enteramente en usted. La cosa es la siguiente. Miss Frascatti, en parte debido al miedo por lo que pueda ocurrirle y esperando que así su pena será más leve, y en parte porque estaba enamorada de Ogilvie —por cierto, el verdadero nombre de este es el de Stepan Rudesko y es coronel del ejército checoslovaco—, nos ha dicho que este iba a ser repatriado. Su labor aquí estaba prácticamente terminada.

—En ese caso... Ah, claro, comprendo.

—No. Aún no ha comprendido del todo. Rudesko iba a hacerse cargo de la instrucción de un grupo de espías en una de las escuelas de capacitación que funcionan al otro lado de la cortina de hierro. Específicamente, en la que hay en la ciudad de Zlin.

—¿Instructor?

—Exacto. Y aún hay más. Hemos logrado apoderarnos de los artículos de regalo que iban a ser enviados a otros países, e incluso de algunos de los que ya habían llegado, pero que aún no habían sido repartidos. Y en varios de ellos hemos encontrado mensajes. Hemos logrado descifrar la clave, ayudados por *miss* Frascatti, que no ha callado nada.

Hizo una pausa.

—Gracias a ello sabemos que se espera a Ogilvie-Rudesko en Austria, en la población de Mistelbach, el día 7 de noviembre de este año. Desde esa población, casi fronteriza, se le hará pasar a Checoslovaquia. Y aquí es donde entra usted. Por una verdadera casualidad de esas que se dan entre billones de posibilidades, lo hemos encontrado. Y queremos utilizarlo.

Clare silbó entre dientes.

—¿Tiene miedo, míster Clare?

—Pues... yo no diría miedo. Más bien la sensación de que... soy un gatito atrapado en una cesta.

Cortman sonrió por primera vez durante toda la entrevista.

—Comprendo. Bien, Ogilvie iba a ser repatriado. Su labor, de ahora en adelante consistiría en explicar a los futuros espías que han de trabajar aquí, entrando en el país por diversos medios, cosas acerca de los Estados Unidos. Cómo vivimos, cómo pensamos, lo que hacemos, lo que nos gusta, lo que nos disgusta. Todo.

—Y... ¿se supone que eso debo hacerlo yo ahora?

—No se supone. Lo va usted a hacer.

Clare hizo una mueca.

—Lo que voy a hacer es poner mi cuello en una soga.

—Para eso confiamos en sus cualidades, demostradas a través de varios hechos... digamos al margen de la ley. Le hemos estudiado a fondo, Clare. Usted puede servirnos, siempre que quiera.

—Escuche una cosa, míster Cortman. Supongamos que yo llego allá... ¿eso es lo que van a hacer conmigo, no?

—Sí —respondió el otro secamente.

—Supongamos que llegue y me presente a las autoridades de Praga. Y se lo explico todo.

—Siga.

—Bueno, ¿qué ocurriría?

—A nosotros, nada. A usted, puede que sí.

—¿Qué?

—Lo más probable es que lo matasen acusándolo de espía, o lo metiesen en una cárcel de la que ya no saldría hasta el fin de su vida. Ya ve que le conviene hacer lo que le pedimos.

—Pero... ¡diablos! No sé siquiera lo que me piden.

—Es muy sencillo. Que nos diga cómo funcionan esas escuelas.

—¿No pueden averiguarlo por sus... contactos más allá del telón de acero?

—Clare, no sea ingenuo. Si hubiéramos podido seguir ese camino, lo hubiéramos hecho hace mucho tiempo. No podemos, sencillamente. Son altamente secretas. Tan secretas, que incluso ignoramos en dónde están, excepto esta de Zlin.

—Comprendo.

—Espero que sí. Nosotros le haremos llegar a Checoslovaquia. Es decir, lo hará alguien. Usted estará dentro de un mes, exactamente el 7 de noviembre, en la ciudad austríaca de Mistelbach.

Hizo una pausa.

—No sabemos nada más.

—Pero, ¿cómo voy a entrar en Checoslovaquia? ¿Haciendo auto

stop?

—No, supongo que no, ya se encargarán ellos de pasarle. Usted tiene que estar allí el 7 de noviembre. Lo demás lo ignoramos. Pero algo ocurrirá.

—Dentro de un mes... No queda mucho tiempo, ¿verdad?

—No, y el que queda hemos de aprovecharlo.

—Lo que viene a querer decir que quizá en estos momentos, cuando yo logre entrar en Checoslovaquia, esté esperándome un comité de honor para darme la bienvenida... en alguna cárcel, si Rosen y Smith han podido avisarles.

—Puede ser. Pero nos vamos a arriesgar.

—Perdone, a quién arriesgan es a mí.

—También nosotros, Clare. Si bajo presión usted habla, los de allá conocerán nuestros métodos e incluso nuestras identidades.

—¿Si canto, quiere decir?

—Exactamente.

—Y supongo que pueden hacerme cantar. He leído muchas novelas sobre los métodos que usan.

—Pues todo lo que haya leído usted se queda pálido ante lo que nosotros sabemos que es la verdad.

—¿Sabe que me está dando ánimos? Míster Cortman, ¿adivina lo que estoy pensando?

—¿En desistir?

—Si.

—Ya sabe lo que le espera, entonces.

—Lo que me espera aquí —dijo Clare lentamente—, según usted, es agua con azúcar comparado con lo que me espera allá... si me prenden. La elección para cualquier persona con sentido común, no debe ser dudosa.

Los ojos de ambos hombres estaban clavados en él.

—Piénselo bien, Clare.

—Eso mismo estoy haciendo... Cortman.

Había suprimido el señor deliberadamente. Los ojos de los otros dos hombres estaban fijos en él. Ambos con la misma dura mirada.

—Pudrirse aquí, en Jolliette, o ser... *tratado* en Praga o cualquier otro lugar, no son perspectivas precisamente agradables.

—No. Usted tiene que elegir, Clare.

El director de la escuela habló por primera vez en toda la entrevista.

—Clare, usted ha sido adiestrado aquí exhaustivamente y aún nos quedan quince días para prepararlo mejor aún. Usted es americano.

—Oh, sí, claro. Soy americano. ¿Y qué?

—¿Eso no representa nada para usted?

—Representa mucho, no lo dude. Mucho. Pero... mi pellejo no es intercambiable. No tengo más que uno y he de procurar que

permanezca pegado a mí cuerpo durante el mayor tiempo posible. Es mi derecho, como americano libre. ¿No?

—Sí, pero solo quería decirle eso. Usted es americano. Yo no amenazo, como Cortman. Yo estoy haciendo un llamamiento a su condición de americano. Y a su condición de patriota.

—Director, usted olvida que soy un transgresor de la ley. Un tipo al cual se puede meter en la cárcel acusándole de poseer un arma de fuego que... ha salido directamente de la pistolera de un policía.

—No tengo nada que ver con eso, Clare, Recuerde mis palabras, no obstante.

—Está bien, las recordaré.

Clare hizo una pausa.

—¿Puedo pensarlo?

—¿Cuánto tiempo?

—Digamos... veinticuatro horas. No he descansado durante un mes. No es mucho pedir.

—Está bien.

—Otra cosa. No puedo pensar en este lugar. Continuamente me parece estar oyendo disparos, escuchar frases en checo o en ruso, oír a gente que me habla de Checoslovaquia, ver fotografías y películas de monumentos, de gente... Bien, como quieran pero necesito esas veinticuatro horas para pensar en otras cosas.

—¿Dónde? —preguntó Cortman secamente.

—Pues... a orillas de un río y pescando. Y... solo.

Hizo una pausa significativa. Una sonrisa curvó sus labios.

—Al menos, que mis guardaespaldas no sean muy visibles.

—Conformes. Dispone usted de todo el día de mañana. Pescará en el río, y los hombres que lo vigilan serán discretos.

—Gracias.

Se puso en pie. Los dos hombres lo miraban. Durante unos momentos gozó de su triunfo. Sabía que lo necesitaban, que precisaban de él como de nadie en esos momentos y que si la respuesta era no...

Se encogió de hombros.

—Muy bien, señores. Hasta pasado mañana.

—A las ocho de la mañana, Clare.

—Está bien, a las ocho de la mañana.

Salió del despacho. Se dirigió directamente a su habitación. Un momento después, un hombre llamó a su puerta.

Llevaba un largo bulto en la mano, un bulto atado con tela embreada.

—Sus cañas y aparejos, Clare.

—Ah.

Lo desenvolvió. Las cañas eran excelentes.

—Dele las gracias a...

—Lo haré, Clare.

Se marchó.

Al día siguiente, se emplazó en el río, en un lugar absolutamente solitario, y durante toda la mañana permaneció allí. Cosa rara, ni un solo pez mordió el anzuelo, pero si lo hubiera hecho, habría sido lanzado nuevamente al río.

Porque John Stanislas Clare estuvo durante todo el tiempo pensando en otra cosa. Tiraba el sedal, lo recogía, observaba el flotador, todo ello con un aire ausente.

A las siete de la tarde, después de haber comido unos cuantos *sandwichs* de jamón, lechuga y tomate, recogió los aparejos, y andando sobre la fina hierba, volvió a la Escuela de la Séptima Sección del Servicio Secreto del Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

Durmió toda la noche de un tirón, porque ya había tomado su resolución.

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, estaba en el despacho del director. Cortman lo esperaba, junto con aquel.

—¿Y... bien?

—Míster Cortman, he decidido aceptar, pero debe reconocer que no sin condiciones.

Cortman exhaló el aliento fuertemente. Fue la única muestra de emoción que dio. Su rostro continuaba impasible.

—Veamos, Clare. No me gustan las condiciones.

—Lo siento. Esta vez las habrá.

—¿Cuáles?

—La primera. Todos mis antecedentes penales deben desaparecer de los ficheros policíacos.

—Sus huellas dactilares no pueden desaparecer. Están registradas en el FBI y este no las destruye jamás.

—No me refería a eso. Ya sé que mis huellas están en el FBI como todos aquellos que han pertenecido a las Fuerzas Armadas. Me refiero a las que obran en las comisarías policíacas.

—Puedo... Creo que puedo asegurárselo.

—No me ha entendido. Es una condición... *sine qua non*. ¿Usted me entiende?

—Sí.

—¿Y...?

—Sí. De acuerdo.

—Otra condición: Si yo no... volviese, *mistress* Clare recibiría una pensión.

—¿*Mistress* Clare? Usted es solte... Ah, bueno, se refiere a su madre.

—Sí.

—Puedo prometérselo también.

—Sin decirle jamás de dónde provenía esa pensión. Hace tiempo

que no estamos en buenas relaciones. Desde que decidí... apartarme de la ley. Ella ignora por qué lo hice.

—Conforme.

—Pues...

—¿Alguna otra?

—No.

Los dos hombres se miraron. Era evidente que Cortman estaba intrigado.

—¿Nada más, Clare?

—Nada más.

—Creí...

—¿Qué iba a pedir una recompensa en metálico?

Clare sonreía burlonamente.

—Pues...

—¿Era eso?

—Sí, con franqueza, sí.

—No la hay. No haré ninguna reclamación.

—Clare, si usted logra lo que nosotros queremos...

—He dicho que no.

—Usted no me ha dejado acabar.

—Es inútil. No la deseo. No quiero dinero por hacer esto.

Cortman se encogió de hombros.

—No sé qué pensar de usted, Clare. Por una parte...

—¿Lo dejamos así, míster Cortman?

—Por mí...

El director se puso en pie.

—Bien, ahora me toca a mí. Clare, prepárese. Porque de ahora e... adelante, hasta que salga usted de mis manos, voy a presionarlo de tal manera que quizá me maldiga.

—Probemos, señor. Lo maldeciré, pero eso no importa.

Y se puso en pie, sonriendo.

Mistelbach, 7 de noviembre.

Clare se subió el cuello del gabán. Hacía frío. Un aire helado bajaba de las montañas. En ese momento atravesaba una calle compuesta por casas de picudos tejados y fachadas pintadas de vivos colores.

El Kaiserhoff. A la entrada, un portero uniformado, se inclinó ante él.

—Tengo reservada habitación. Mi nombre es Ogilvie.

—Sí, señor.

Entró su maleta hasta recepción.

Allí repitió su nombre y el encargado examinó rutinariamente una libreta.

—Sí, señor. Habitación 107. Bienvenido al Kaiserhoff, señor.

—Gracias.

La conversación había sido mantenida en inglés. Un botones llevó su maleta hasta el primer piso. Clare se asome a la ventana. La vista era impresionante. Los Alpes austríacos elevaban a lo lejos sus picachos retorcidos y valles sonrientes. Aspiró con fuerza y se preguntó lo que vendría después.

Ese mismo día.

Bajó al comedor. Varias mesas estaban ocupadas. Lanzó una discreta ojeada a sus vecinos, preguntándose cuál de ellos sería aquel que tenía que llevarlo a un destino que por momentos se le ofrecía más y más sombrío. ¿Qué es lo que había de ocurrir?

Fue justamente a los postres.

Un hombre alto, calvo, de cuadrados hombros, entró en el comedor, desabrochándose el gabán.

Un camarero lo condujo hacia una de las mesas. Tenía que pasar justamente delante de la que ocupaba Ogilvie. El hombre lo miró y súbitamente su cara se abrió en una sonrisa.

—Míster Ogilvie —dijo—. Condenada casualidad. ¡Míster Ogilvie!

Clare se puso en pie. Esto no debía ser una contraseña. Él era conocido.

—Caramba... Si que es una condenada casualidad.

—Usted no me dijo que iba a venir a Mistelbach.

—Fue... un imperdonable olvido.

—Imperdonable olvido que yo le perdono, míster Ogilvie. El que Ogilvie y Matuchek sean rivales en el arte de vender no les hace rivales a las horas de comer. Míster Ogilvie, a sus órdenes.

—¿Quiere usted sentarse a mí mesa, *herr* Matuchek?

—Con gusto. *Garçon* por favor, comeré en esta mesa.

Se sentó, después de quitarse el gabán. Tenía ojos azules, fríos, pero su boca sonreía.

El camarero le tomó el pedido y luego se retiró.

—*Herr Matuchek*...

—Humm... —el otro estaba untando mantequilla en su pan—. Qué encuentro más inesperado. Cuando nos vimos en Hamburgo usted debería haberme dicho que volveríamos a vernos quizá en...

—Lo ignoraba. Recibí órdenes de mi firma...

—No me diga, no me diga. Las casas son las que mandan, míster Ogilvie. Por cierto... Hay una partida de juguetes mecánicos, que mi casa tendría el mayor gusto en ofrecer a la suya...

Era evidente que se negaba a hablar en el comedor. Clare asintió con la cabeza.

—Tendré mucho gusto en examinarlos, si es usted tan amable...

Cualquiera que les oyera no podría dudar. Dos representantes esgrimiendo sus armas: sus mercancías.

La comida discurrió. *Herr Matuchek* lo hizo abundantemente, mientras Clare tomaba su café.

—Bien, míster Ogilvie, deberíamos vernos de nuevo. ¿Quizá esta noche en el Café del Comercio?

—Completamente conforme, *herr Matuchek*.

—Ahora voy a visitar a varios clientes. Buenos clientes, señor. Hablaremos esta tarde a las siete.

A las siete, Clare entró en el Café del Comercio. *Matuchek* estaba sentado en una mesa, con los lentes calados, examinando unas listas de compra.

—Ajá, siéntese aquí, a mí lado.

La orquesta tocaba ruidosamente. *Matuchek* echó una plácida mirada en torno.

—Esta noche iré a verle en su habitación, míster Ogilvie. A las doce y media. ¿Conforme?

—Por mí...

—¿Alguna complicación?

—Ninguna.

—Tenga cuidado con *Willie*.

Clare abrió la boca. Iba a preguntar quién era *Willie*, cuando de pronto se dio cuenta de que había muchas cosas en aquel juego que se le escapaban. No, no debía preguntar quién era *Willie*. Podía ser peligroso.

—Ha dado muestras últimamente de mucha actividad —siguió *Matuchek*—. Está poniéndose un poco... difícil.

—Llevaré cuidado.

—En el caso de que intentase establecer contacto con usted, no le

siga el juego, míster Ogilvie. Sabe demasiado, o demasiado poco.

—Entendido.

Había comprendido que lo mejor era dejar hablar al otro.

—Por lo demás... El café está tan bueno como siempre en el «Comercio» —dijo Matuchek en voz un poco más alta.

Un hombre avanzaba tambaleándose por entre las mesas. No porque estuviera borracho, sino porque tenía una inmensa barriga que le obligaba a echarse para atrás cada vez que quería dar un paso. Con él iba la mujer más hermosa que Clare viera hasta entonces en su vida.

Era rubia, con el pelo caído sobre los hombros en largas melenas. Tenía los ojos verdes, los labios muy rojos y la piel tostada, aún, por un verano pasado en algún lugar meridional.

—Mi querido *herr* Matuchek —dijo el gordo—. Mi querido amigo...

Clare se puso lentamente en pie, imitando a Matuchek. Sentía que en aquel momento parte del gran juego se les escapaba de las manos. Era evidente que Matuchek había cambiado de conversación por alguna causa ¿*Willie*, tal vez?

Matuchek se inclinó sobre la mano de la mujer y luego estrechó la del gordo.

—Mi querido Atanasius, mí estimada Helda... Ustedes son mis invitados.

—Con gusto —dijo Atanasius, dirigiendo una rápida mirada por entre sus pesados párpados hacia Clare.

Este le estrechó la mano y luego se volvió hacia la mujer. Los ojos verdes lo observaban con atención y curiosidad. Al menos eso le pareció.

—Tomaremos café... ¿O tal vez un helado para usted, Helda?

—Café, gracias. Un coñac, tal vez.

—*Garçon!*

Y Clare se encontró sentado al lado de la muchacha.

Matuchek parecía encantado. Encargó las bebidas y luego se volvió hacia Clare. En sus ojos había una neta advertencia.

—Mi querido Atanasius, mi apreciada Helda, tengo el gusto de presentarles a míster Ogilvie, representante de una firma rival de la mía. *Herr* Helmuth Atanasius, *fräulein* Helda Witter.

Clare les estrechó la mano.

—Confío —dijo Atanasius— en que disfrutaremos de su presencia por algún tiempo.

—Pues, poco, en realidad.

—¿Norteamericano? —preguntó la mujer.

—Sí.

—Admiro mucho a Norteamérica, míster Ogilvie.

—Gracias. Austria es también un gran país.

Bebieron a la salud de Austria y de Norteamérica. Luego los dos

recién llegados, después de algunas frases igualmente banales, se pusieron en pie.

—Debemos madrugar mañana, mi querido Matuchek.

La mano de Helda permaneció un momento más de lo preciso entre las de Clare. Luego, se marcharon.

Matuchek observaba a Clare con los ojos entornados. Este le devolvió la mirada, procurando que su cara permaneciera impasible.

—Así, pues, a las doce y media, en su cuarto. Deje la puerta abierta. Pero... esté vigilante.

Luego, casi sin transición:

—¿Tiene armas? No, me imagino que no. Yo le llevaré una.

—Gracias. Pero tal vez no haga falta.

—Mi querido míster Ogilvie, usted siempre ha despreciado un poco a nuestros enemigos, ¿verdad?

—¿Es un defecto?

—A veces, no. Pero a veces más que un defecto es... un suicidio. Claro que usted puede reírse si quiere, pero...

—No me río. Y ahora, creo que voy a volver al hotel.

—Sí, tal vez sea lo mejor.

Clare regresó al hotel y se metió en su habitación. Sacó un libro de su maleta y se puso a leer. El ruido de los viajeros se fue apagando. A las doce en punto, todo estaba silencioso.

Fue hasta la puerta y la abrió con cuidado. Los goznes, bien aceitados, no produjeron el menor ruido.

Con la luz apagada, esperó.

A las doce y media, en su reloj de esfera fosforescente, oyó un ligero ruido en el corredor. Con los nervios en tensión, esperó. Una figura pesada se recortó en la penumbra.

Luego, la puerta se cerró con la misma lentitud y el mismo silencio.

—Ya puede encender la luz, Ogilvie, pero no la del techo, sino la de la veladora. Tengo los ojos delicados, como ya sabe usted.

Clare obedeció. La corpulenta humanidad de *herr* Matuchek se destacó en la semipenumbra.

—Bien, Ogilvie, ¿está usted dispuesto a comprar esa partida de juguetes mecánicos?

Mientras hablaba había ido hasta el centro de la habitación. Miraba a la lámpara, a las molduras del techo. Sacó algo de su bolsillo y un chorro de luz partió hacia el techo.

Clare lo contemplaba con asombro. De pronto se dio cuenta. El mes y medio de adiestramiento con Cortman y sus profesores no había sido desaprovechado.

Miró al otro y su boca se movió, para modular la palabra «micrófonos», pero sin que ningún sonido saliese de ella.

Matuchek asintió.

«¿Ha mirado usted?»

Clare pensó rápidamente. Al coronel Stepan Rudesko no se le hubiera pasado por alto una cosa así.

Pidiendo al cielo que no hubiera alguno escondido, asintió. Matuchek, evidentemente, quería convencerse por sí mismo. Se subió a una silla, siempre en el mismo silencio y tanteó tras las molduras. Luego examinó bien la lámpara, la mesilla de noche y los barrotes de la cama.

Por fin se incorporó.

—Ninguno —dijo— no obstante, hablaremos en voz baja.

—Conforme.

—Ogilvie, trataremos de pasarlo a usted mañana. Es necesario moverse aprisa.

—Estoy de acuerdo. Pero... ¿es que ha ocurrido algo nuevo?

—Pues... sí. Yo diría que sí. *Willie* se ha movido.

¿Quién diablos sería aquel *Willie*? Clare esperaba, con los nervios en tensión.

—¿Cómo voy a pasar? —preguntó, viendo que el otro no hablaba.

—Hay un viaje común de turistas que quieren ir a la feria de muestras de Bratislava. Pero... pensé que usted ya lo sabía.

—Tenía una ligera idea.

«Cuidado, cuidado», le decía una vocecilla allá en lo profundo de su cerebro. Un solo paso en falso y...

—El autobús cruzará la frontera en Dürnkrut. Son todos hombres de negocios austríacos que quieren observar la feria. Por eso se ha esperado hasta estos momentos. De lo contrario, estaría usted en la patria hace ya casi un mes.

—Eso pensaba yo.

Matuchek lo miró especulativamente.

—En Bratislava recibirá instrucciones.

—Lo sé.

—Mi labor se reduce a darle esto.

Le tendió un pasaporte austríaco. La fotografía había sido levantada limpiamente y en su lugar había una de Clare. Bueno, del coronel Stepan Rudesko. Pero a Clare le pareció que se estaba contemplando a sí mismo. La semejanza era asombrosa. Se preguntó si alguno de los parientes de su madre estaría emparentado con el verdadero coronel. Solo una cosa así podría explicar aquel asombroso parecido.

—Bueno, solamente a eso, no. También a vigilar para que *Willie* no haga alguna de las suyas.

¿Por qué no le habrían hablado a él en los Estados Unidos de *Willie*? ¿Es que acaso no conocían su existencia?

—¿Qué es lo que ha hecho últimamente?

La pregunta la había formulado con voz casi indiferente. Matuchek

se echó a reír.

—Ogilvie. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo usted en contacto con *Willie*?

Clare se alertó aún más. Así que él debía conocerle.

—No me lo diga. Le demostraré que tengo tan buena memoria como me atribuyen. Usted estuvo en contacto con *Willie* hace dos años. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Lo ve?

Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Pues bien, *Willie* está aquí.

—No lo creo, yo...

Se detuvo. No debía decir más de lo que fuera absolutamente preciso. ¿Conocía él a *Willie*? ¿El contacto había sido por escrito, o por mediación de terceras personas?

Se prometió a sí mismo que si alguna vez encontraba a *Willie* le haría pagar caros los momentos que estaba pasando ahora. Sentía que un sudor frío le corría por la espalda.

—Está, no lo dude. Me lo ha hecho saber en términos bien claros. Y de una de sus clásicas maneras. Me dejó una nota escrita a máquina en mi cartera.

—Matuchek...

—¿Si?

—¿Lo ha visto usted?

Era un tiro al azar. Matuchek sonrió. Luego, metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Cuando volvió a salir iba armada con una pesada «Maüser» automática.

—Ogilvie, ¿cree que si lo hubiese visto lo habría dejado escapar?

—¿Cree usted que ha venido aquí por mí?

—¿Por qué, si no?

Volvió a guardar la automática.

—Ignoro qué es lo que quiere, pero algo desea.

—¿Qué le decía en la nota?

—Exactamente esto: «Matuchek, usted es listo, pero no tanto como cree. ¿Qué ocurriría si le estropease los planes?» Firmado: *Willie*.

—¿Cómo ha podido enterarse del asunto?

—Rudesko, no haga preguntas que me puedan volver loco. ¿Cómo se entera *Willie* de las cosas? Lo ignoro. Daría cualquier cosa por saberlo, y el Departamento también. Solo sé que está aquí y que puede que se mueva. Pero... Tenía entendido que usted llegó a verlo, si bien...

Se paró. Y el corazón de Clare, también. Matuchek había dejado colgando la pregunta, esperando una respuesta evidentemente.

Había que decir algo, y pronto.

—Deje a *Willie* de mi cuenta, Matuchek. Veremos lo que intenta

hacer mañana.

—No puede usted exponerse, Ogilvie. Es usted demasiado... precioso.

Luego, de pronto, comenzó a hablar en checo.

—Si intenta algo antes de cruzar la frontera, yo me ocuparé de él, siempre... siempre que podamos localizarle. Si lo intenta al cruzar la frontera, o después de haberla cruzado... bueno, tendrá que ser usted.

—¿Pasada la frontera?

Esta vez la mirada de Matuchek era claramente de asombro.

—Pero... Ogilvie, ¿es que ha olvidado el caso Benek?

—No, claro que no, pero eso es una de esas cosas que ocurren solo una vez. Y, no a mí.

Clare se estaba exponiendo mucho, pero aquella conversación parecía una cosa de locos.

—Matuchek, ¿quiénes eran esos dos que me presentó esta noche?

—Atanasius es el representante de las Acererías del Alto Tirol. Helda es oficialmente su secretaria. Claro que me parece que...

Hizo una mueca salaz.

—¿Usted me entiende?

—Por fuerza. ¿Qué hace aquí Atanasius?

—Pues... no lo sé. No se lo he preguntado, ni él me lo ha dicho.

—¿Y si también él fuese a ir a la feria de Bratislava?

—Pues...

Matuchek clavó la mirada en el vacío.

—Pues... tendríamos que ocuparnos de que no lo reconociese a usted. No había pensado en ello, coronel. Escuche: en el caso de que él también piense pasar la frontera, nos enteraremos antes, y usted podría hacerse el dormido... No, esa no es solución.

—Hay otra —dijo Clare muy tranquilo.

—¿Cuál?

—Enterarnos de si va a ir o no.

—Usted no puede arriesgarse.

—Pero usted, sí.

—Tampoco. Yo tengo que quedarme aquí.

—En ese caso, me parece que vamos a estar ligeramente bebidos y nos vamos a equivocar de habitación. Porque supongo que Atanasius estará en el Kaiserhoff.

—Desde luego. ¿Dónde, si no?

—¿Sabe en qué habitación?

—No. Voy a averiguarlo inmediatamente.

—No llame desde el hotel.

—Naturalmente que no, coronel. ¿Me toma por un principiante?

Salió. Clare lanzó un hondo suspiro de alivio. No, el principiante... era él mismo.

Matuchek volvió al cabo de un momento.

—Es en el piso de arriba. Los dos tienen las habitaciones 201 y 203.

Clare sacó algo de su maleta. Una botella de *whisky*. Bebió un largo trago y la pasó a su compañero. Este lo imitó.

Luego, Matuchek y él salieron. Una camarera miró pasar con ojos indulgentes a aquellos dos caballeros que evidentemente se habían pasado en los brindis. Clare llevaba la botella agarrada por el cuello.

—... Y como ya le decía, mi antiguo amigo *herr* Atanasius es un hombre que... hip...

Estaban en el segundo piso, puerta 201.

Matuchek llamó.

—¿Quién?

—Matuchek, Atanasius. Mi amigo *míster* Ogilvie...

—¿No es muy tarde, Matuchek?

—Pues... la verdad es que creo que sí...

Risa tonta, de ebrio.

—Creo que sí, pero mi amigo *míster* Ogilvie ha traído un excelente escocés que...

Clare estaba sobre ascuas. Estaban llamando la atención sobre sí mismos. Pero al parecer era el único modo de saber si *herr* Atanasius podría, al día siguiente, identificar a Ogilvie con otra persona completamente distinta.

La puerta se abrió. Un poco, nada más que una rendija.

—Es muy tarde y el *whisky* no me prueba, Matuchek.

—Pero si se trata nada más que de un trago, *mí querido* Atanasius...

—Lo siento, pero la contestación es: no. Es muy tarde.

Clare se encontró mirando directamente a un espejo situado en el interior de la habitación. La rendija era estrecha, pero podía ver algo que se movía por el espejo. Un brazo largo y redondo, tostado por el sol.

—No insistamos —dijo con voz alcohólica—. *Herr* Atanasius tiene razón. Es demasiado tarde.

La cara del austríaco estaba seria.

—Bien, entonces nos retiramos —dijo Matuchek—. Nos veremos mañana, en el caso de que usted se quede en Mistelbach. Atana... hip... sius. ¿O tal vez piensa en pasar a Bratislava? ¿En ese caso...?

—Es muy tarde, señores. Suplico a ustedes que se retiren.

La puerta se cerró. Los dos bajaron la escalera, continuaron la pantomima en beneficio de la sirvienta de noche y entraron en la habitación de Clare.

—Maldición —dijo Matuchek—. No ha soltado prenda.

—Ella estaba dentro.

—¿La vio?

Clare asintió.

—Así, se comprende. Conque su secretaria, ¿eh? Menudo barbián. Pero el caso es que...

—Procuraré arreglármelas, Matuchek. Y ahora...

—Estudie bien su pasaporte y sus papeles, coronel.

—Ya están estudiados. Pero... ¿y si intentase pasar con mi verdadero nombre?

—Imposible, coronel. De vez en cuando, hace usted unas preguntas... extrañas. Las listas de industriales se han estudiado con todo cuidado. No se pueden cambiar ahora. Y el caso es que no he podido llegar a esas listas.

—Está bien. No se preocupe. Me las arreglaré.

—Lo llamaré por la mañana.

—Conforme.

Clare se desnudó, después de cerrar la puerta. La calefacción estaba a toda presión, así que abrió la ventana. Luego se tendió en la cama. Estuvo pensando durante un momento en su nueva filiación que le serviría hasta cruzar la frontera checoslovaca, y en por qué diablos se habría dejado arrastrar a aquella aventura estúpida, y por último se durmió.

Se despertó bruscamente en la oscuridad. Hacía frío. Pero no era este quien lo había despertado, sino algo extraño. Un ruido, quizá...

La habitación estaba a oscuras. Pero algo... algo tenía que haberlo despertado.

Se dio cuenta en el momento en que se incorporaba en la cama. Había alguien en la habitación. Ahora estaba completamente seguro.

—No se mueva.

La voz era un susurro ronco e impersonal. Completamente impersonal.

—Lo tengo encañonado. Si hace un solo movimiento, lo mato.

El susurro venía de junto a la puerta. Al otro lado de la ventana.

—¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

—Sus papeles.

—Pero...

—¿Dónde están?

Clare estaba pensando furiosamente. Al principio, había sentido miedo, pero en este momento había recuperado la calma. Estaba pensando que sus papeles eran los nuevos que le había dado Matuchek. Este se había llevado los de Ogilvie.

—Si es usted un ladrón... Ahí tengo el dinero, pero...

—No quiero el dinero. Quiero los papeles.

Si él no veía al otro, el otro tampoco debía verlo a él, a no ser que fuese un nictálope, y hay pocos nictálopes repartidos por el mundo.

Su espalda tocaba el borde de la cama. Dejarse caer al suelo no debía ser muy difícil, siempre que el otro...

Dio una vuelta sobre sí mismo y se dejó caer.

¡Plop!

Como cuando se destapa un frasco. Pero no era eso lo que habían hecho, sino dispararle con un arma provista de un silenciador.

Siguió rodando, y el segundo iplop! estrelló algo en el suelo junto a él. Su brazo derecho tocó contra algo, la mesilla de noche, quizá, y se incorporó.

Oyó algo que chasqueaba. El picaporte de la puerta. Como estaba, se lanzó hacia adelante. Sus manos, abiertas, tocaron algo que se movía.

Pero no era un cuerpo, sino la puerta. Esta le golpeó en plena cara y el dolor, insoportable, casi lo desmayó.

Cayó tendido al suelo, llevándose las manos a la cara. Por unos instantes apenas pudo oír sino el ruido de la puerta que se cerraba. Por fin logró ponerse en pie.

Tambaleándose, tocó la puerta con las manos. Luego tanteó hasta encontrar la luz y la encendió.

El cuarto estaba vacío.

Abrió la puerta, cuidadosamente y asomó la cabeza. La cara le dolía horrorosamente. El pasillo estaba vacío también. Nadie, ni siquiera la criada de noche.

Volvió a cerrar la puerta y se apoyó contra ella. Luego fue a la ventana y la cerró, porque el cuarto se había quedado helado. Al mirar el reloj vio que eran las cinco de la mañana. Y estaba nevando en el exterior.

¿Quién?

¿Quién y por qué quería sus papeles?

¿Willie?

Se miró al espejo. La puerta le había golpeado en el pómulo derecho, y este comenzaba a hincharse. Solo le faltaba eso. Una hinchazón en la cara. Aunque, por otra parte...

Pensó rápidamente. Él y el coronel Rudesko no eran absolutamente iguales. Nadie lo es a otro, nunca. Quizá esa hinchazón... pudiera servirle para aquellos que ya conocieran al coronel. Nada deforma tanto una cara como un carrillo hinchado.

Pero allí, a pocos pasos de él, había alguien que conocía o sospechaba su identidad.

Se decidió.

Abrió de nuevo la puerta silenciosamente y cruzó el pasillo en dirección a la habitación de Matuchek. Llamó a la puerta suavemente.

Nada.

Volvió a llamar, esta vez más fuertemente.

Nada.

—¿Desea algo, señor? —preguntó una voz en alemán.

Se volvió. La criada de noche estaba a pocos pasos de él. Sus zapatillas de fieltro le habían permitido llegar sin ser oída.

—Pues... me he despertado de pronto y creí que...

—Si en algo puedo servirle, *mein herr*...

—No, nada, es una tontería. Claro que no he debido tratar de despertar a mí amigo en esta hora. Vuelvo a mí cuarto.

—Sí, *mein herr*.

Clare volvió a entrar en su habitación. Con gran desazón vio que la muchacha cogía una banqueta y se sentaba a leer.

Y así llegó la mañana.

La hora de la cita en la plaza mayor era a las ocho. Envuelto en su gabán, el cuello bien subido, se dirigió hacia ella. No llevaba la maleta, siguiendo las instrucciones de Matuchek. Dejaba todas sus cosas, excepto las más importantes, en el hotel. Solo portaba una cartera de mano.

Y Matuchek no había aparecido por parte alguna. Había llamado a la puerta de su habitación a las siete y media, en un momento en que la sirvienta no estaba, pero nadie le había abierto. ¿Estaría verdaderamente un poco borracho y dormía la resaca?

El autobús, con precisión centroeuropea, estaba ya en la plaza. Un gendarme austríaco, colocado ante la puerta de subida, revisaba los pasaportes. Un grupo de hombres envueltos todos en sus gabanes, pataleando de frío, le mostraban los documentos e iban subiendo al vehículo.

Le tocó el turno. Volvió la cabeza, por si veía a Matuchek, pero no lo distinguió. La nieve caía finamente, pero el cielo de color pizarra auguraba una nevada más intensa para pocas horas después.

El gendarme examinó su pasaporte y le clavó dos ojos azules de extraordinaria fijeza.

—Conforme, *mein herr*. Puede usted subir, por favor.

Subió. Uno de los asientos posteriores estaba vacío y lo ocupó. Confiaba en que las espaldas de los demás ocupantes y la ventanilla serían suficiente salvaguardia para él.

Ante sí, dos industriales gruesos hablaban en voz baja. Métodos competitivos, índice de probabilidades, investigación de mercados...

El último de los industriales subió al autobús. El gendarme hizo una seña al conductor, y este puso en marcha el vehículo.

Y ni señales de Matuchek.

El autobús enfiló la carretera de segundo orden que diecisiete kilómetros más allá los dejaría en Dürnkrot, sobre el Morava, el puesto fronterizo checo-austríaco.

Pero cinco kilómetros antes, ya distinguieron las torres de vigilancia fronteriza. Cuando llegaron a Dürnkrut, vieron el puente que cruzaba el río. Y al otro lado, más torres y los enormes cascos cuadrados de acero de los soldados checos.

El autobús se detuvo en la plaza del pueblo, pequeño y limpio. Dos gendarmes austriacos se colocaron a ambos lados de la cabina del conductor.

Este se apeó y se encogió de hombros. Luego miró hacia su autobús. Los dos gendarmes se apresuraron a ir hacia la puerta de bajada.

—Ruego a los señores viajeros que guarden calma —dijo uno de ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntaron varias voces.

—Ha sucedido algo en Mistelbach —dijo uno de ellos, topando la visera de su *kepi* con la mano.

—Pero... ¿qué?

Varios de los viajeros se habían apeado. El gendarme revisaba sus pasaportes.

Y entonces, Clare lo vio.

Atanasius.

Estaba entre los viajeros, pero no lo había visto subir. Clare se volvió a medias, pero el otro lo había distinguido ya. Y se acercaba a él, mientras el gendarme hablaba.

—Un desgraciado accidente al parecer. Un viajante de comercio ha aparecido muerto en la habitación del hotel.

—¿Un viajante? ¿Quién?

—Hola —dijo Atanasius a su lado—. ¿Está escuchando?...

—Sí.

—Curioso, ¿eh? ¿Quién será el muerto?

—No lo sé, si me deja escuchar...

El gendarme miró un papel que tenía en la mano.

—*Herr Matuchek*, Wilhelm Matuchek.

Clare sintió que la sangre estaba adquiriendo en sus venas la misma frialdad del aire que les llegaba de los Pequeños Cárpatos. ¿Matuchek?

—Extraordinario —dijo Atanasius—. Extraordinario, realmente extraordinario. No parece posible.

—Ruego a aquellos de ustedes que hayan visto anoche a *herr Matuchek*, me lo hagan saber —prosiguió el gendarme—. Naturalmente, no deseo interrumpir el viaje de los señores, pero tengo la obligación de aclarar este punto. Ruego a ustedes que pasen a la estación de policía.

Hubo protestas. Eran esperados en Bratislava a las diez de la mañana, hora oficial de inauguración de la feria, ese trastorno en los planes podría suponerles pérdidas...

El sargento de gendarmes se mantuvo irreductible.

—Por favor, señores, procuraré entretenerlos lo menos posible, pero deben hacerse cargo de mis obligaciones... Ruego a ustedes me sigan a la estación en el mayor orden posible...

No había más remedio. Al otro lado del puente, bajada aún la barra con los colores checos, los soldados observaban quietamente.

El sargento echó a andar. Clare lanzó una mirada al puente internacional. Una mano se posó sobre su brazo.

—Vamos, *mein herr*. Es necesario, ya lo ve.

Atanasius, siempre Atanasius.

—Sí, ya lo veo. Es una desgracia.

—¿No sabe usted qué ha podido ocurrirle a su amigo?

—A *nuestro* amigo. No tengo ni la menor idea.

—La verdad es que usted no me dijo que pensaba ir a Bratislava.

—Ni usted tampoco me lo dijo a mí. Por cierto, ¿y su encantadora compañera?

—¿Mi secretaria? Pues ha quedado allí, en Mistelbach, naturalmente. ¿Por qué lo pregunta, *herr* Ogilvie?

¿Había pronunciado la última palabra en voz más baja? Clare hubiera jurado que sí.

Habían llegado a la estación de policía. El sargento se colocó tras de su mesa.

—Por favor, señores, sus pasaportes ante todo.

Se los fueron entregando. Cuando le llegó el turno, Clare se las arregló para mostrarlo sin que Atanasius, a su lado, lo viera. Pero cuando lanzó una ojeada por encima del hombro, vio la cara rojiza del austríaco que lo miraba un poco irónicamente, como si hubiera logrado leer el nombre que había escrito en el documento.

—Otro, por favor.

El último que entregó el pasaporte dio un paso atrás. Luego, el sargento se puso en pie.

—Bueno, señores. Todos ustedes han pasado la última noche en Mistelbach. ¿Alguno puede darme noticias de *herr* Matuchek, al que no dudo quizá conozcan?

Hubo varias voces de protesta. La mayor parte de ellos movieron la cabeza negativamente. No conocían a *herr* Matuchek. Y fue entonces cuando Atanasius se adelantó.

—No quisiera parecer entrometido, pero... este caballero conocía a Matuchek. De hecho, estuvieron bebiendo por la noche juntos.

Y su pulgar, gordo y con un anillo, señalaba a Clare.

El sargento se volvió hacia él.

—Ahora mismo iba a decírselo, agente, pero el caballero no me dio tiempo siquiera. Parecía muy deseosa de acusarme. Pero... él también conocía a Matuchek. Pero, por otra parte, ¿puedo preguntarle lo que ha ocurrido en realidad?

El sargento examinaba a ambos con atención.

—Por favor, salgan todos menos estos dos señores.

Un momento después estaban solos. Clare comprendió que todo el asunto, tan minuciosamente preparado, se había ido a pique a causa de aquel gordo representante de maquinaria. Un furor que pocas veces sentía, hizo presa en él.

—Veamos —dijo el sargento—. Así que anoche usted estuvo bebiendo con *herr* Matuchek.

—En efecto. No pensaba ocultarlo, pero no se me dio tiempo.

—Y... ¿estaba con vida cuando usted lo dejó? ¿A qué hora?

Había devuelto los pasaportes a todos, menos a estos dos que tenía ante sí. Lanzó una ojeada a uno de ellos.

—Pues, lo dejé a la una de la mañana.

—Un poco tarde, ¿no es así, *herr* Kastrup?

Ya había salido. Ya estaba allí. Vio los ojos de Atanasius clavados en él.

—Perdón —dijo el representante—. ¿Ha dicho Kastrup?

—Sí, ¿por qué?

—Porque... este caballero me fue presentado anoche mismo con el nombre de mister Ogilvie, viajante americano.

—¡Usted está loco!

Clare no había dudado ni un solo instante. Señalaba su pasaporte con un dedo extendido.

—Ahí dice bien claro mi nombre y mi nacionalidad, William Kastrup. Americano. Ignoro lo que este caballero quiere decir, pero todo esto me parece un intento estúpido de...

—Por favor, un poco de calma, señores. ¿Dice usted, que este caballero le fue presentado bajo otro nombre? —Naturalmente.

La cara de Atanasius estaba indescifrable.

—Con el nombre de Ogilvie.

—¡Está mintiendo!

—Veamos. ¿No se habrá equivocado usted, señor?

—Claro que no. Y estuvo bebiendo con Matuchek, al cual yo conocía superficialmente. Intentaron entrar en mi habitación con no sé qué estúpido pretexto...

—¡Está mintiendo, sargento!

—Bien —dijo este con una expresión resignada—. Lo siento, pero me parece que todo esto está un poco embrollado. Me veo en la obligación de devolver a ustedes dos a Mistelbach.

—No puede usted hacer eso —dijo Clare—. Tengo negocios urgentes en Bratislava y debo estar allí en la apertura de la feria.

—No veo modo de evitarlo, señor. Todo este asunto ha de aclararse.

—Pero, ¿qué es lo que ha ocurrido? Si al menos usted nos lo explicase...

Miró furtivamente a Atanasius. Este sonreía. Levemente, casi imperceptiblemente, pero sonreía.

—Míster Matuchek ha sido encontrado en su habitación, con una pistola en la mano. Había muerto da un disparo.

—¿Disparado por esa misma pistola?

—Pues... al parecer, sí. Claro que no puedo asegurarlo. Esas son las noticias que yo he recibido.

—Un suicidio, vamos.

—Pues, hasta que no se haga una investigación en firme...

—En ese caso usted no tiene derecho a retenernos aquí.

—Lo siento, pero... sí. Como es lógico procuraremos que ustedes sufran las menos molestias posibles, pero... He aquí. Por otra parte se me ha advertido que un inspector está en camino.

—¿Y los demás van a cruzar la frontera?

—Pues... el inspector no creo que tarde en llegar. Hizo una pausa.

—Hasta entonces les ruego que se sirvan esperar aquí.

—Sargento.

—¿Sí, *herr* Atanasius?

—Le aseguro que este hombre se inscribió en el hotel bajo el nombre de Ogilvie.

—Lo comprobaremos pronto.

Clare sacó el paquete de cigarrillos. Encendió uno con mano firme.

—Supongo que podré hablar con el cónsul americano más cercano.

—Pero usted no está detenido, *herr* Kastrup, solo... en espera de que pueda ser interrogado por alguien más competente que yo.

—¿Cuál es?

—¿El cónsul más cercano? Pues supongo que el de Viena.

—¿Quiere llamarlo por teléfono?

En ese momento se volvió en redondo. Atanasius estaba mirando por la ventana. Y detrás de los cristales había un rostro.

El de Helda Witter.

Dos hombres en un despacho. Uno de ellos tenía un papel en la mano. Golpeaba con él la mesa monótonamente. Su interlocutor fumaba un cigarrillo. Hacía casi cinco minutos que ninguno de los dos pronunciaba una palabra.

Por fin, Cortman aplastó el cigarrillo contra un cenicero.

—Debimos advertirle de la existencia de *Willie*.

—Usted mismo fue quien dijo que no convenía.

—Lo sé, lo sé, pero debimos advertírselo. Reconozco que me equivoqué, y eso nos va a costar ahora quizá que se venga abajo todo el proyecto «O». Solo faltan dos días. Estamos a 5.

—Cortman, ¿por qué no va usted a Austria? Puede salir esta misma noche y llegar allí en veinticuatro horas.

—No, señor. No sería útil. Sería... demasiada concentración de caras conocidas o casi conocidas. Señor, para esto se necesita alguien que no inspire sospechas a los colegas del otro lado del telón. Y Austria debe estar llena de ellos.

—¿Quién, Cortman?

—Señor, no tenemos más remedio que arriesgar a la persona que puede avisar a Clare. Solo hay una.

—Cortman, ¿se da cuenta de lo que me pide?

—Perfectamente, señor. Pero no veo otro medio.

—Si arriesgamos a Alik en esta jugada, nos exponemos a que la descubran y no pueda continuar buscando a *Willie*. Y sus últimos informes nos demuestran que estaba sobre una pista casi segura. Y es nuestro mejor agente doble, por último.

—¿Ve usted alguna otra solución, señor? Este informe de Viena es absolutamente claro: *Willie* se ha enterado de la muerte de Ogilvie y querrá sacar su tajada de ese conocimiento.

—Ese maldito *Willie*... No, no veo otra solución, así, de momento, pero debiera haberla sin arriesgar a Alik.

—Por otra parte, señor, si Alik ha llegado cerca de *Willie*, este asunto no lo apartará demasiado de él. Prácticamente es el mismo asunto.

—Se lo digo; sueño con ese maldito *Willie*. Y en mis sueños lo veo como una cara en blanco con un gran cartel que dice: «*Willie*, espía doble a sueldo del mejor postor, y sin identificar». Probablemente, a los servicios de seguridad del Estado checoslovaco, les ocurre lo mismo que a mí, pero eso no es ningún consuelo para nosotros.

—Poner en manos de Alik este asunto, significa poder perder una

ocasión extraordinaria... Cortman, me duele mucho hacerlo.

—Lo sé, señor. ¿Acaso el proyecto no era como un hijo mío? Pero... no veo otra solución.

—Bien, me pondré en comunicación telefónica con el cónsul en Viena. Le diré que no debe soltar prenda en nuestra Embajada. Hace pocos meses encontraron micrófonos en el baño del agregado militar.

Sonrieron. Pero la sonrisa se borró pronto de sus bocas.

—Está bien, Cortman, hágalo.

Cortman se puso en pie.

★ ★ ★

Había llegado el inspector de Mistelbach. Era un hombre alto y delgado. Entró en la estación de policía y el sargento se puso en pie.

En pocas palabras le puso al corriente de la situación. El inspector se quedó mirando a Clare.

—He visto el registro del hotel, míster Ogilvie. Lamento comunicarle que está usted bajo sospechas. Mucho me temo que pretendía pasar con nombre supuesto a Checoslovaquia. Le ruego que me diga por qué.

Clare estaba fumando. Nada en su cara revelaba la nerviosidad que le dominaba.

—Necesito hablar con mi cónsul.

—¿Por qué no con el embajador? Está en Viena. Podría usted hablar con él.

—Con el cónsul, inspector.

—¿No quiere decirnos por qué deseaba pasar a Checoslovaquia?

—Curiosidad. Quería conocer la feria de muestras.

—¿Y el pasaporte falso? ¿Quién se lo consiguió? Míster Ogilvie, su situación es... muy delicada. Un hombre ha aparecido muerto en un hotel. Quizá se ha suicidado, quizá... ha sido asesinado. No le oculto que de aquí partirá usted para Viena donde tendrá que explicarlo todo.

Se volvió hacia Atanasius.

—Usted está libre, *mein herr*. Puede usted continuar, así como todos los caballeros de la expedición.

Atanasius se inclinó. Su gordo cogote brilló a la luz eléctrica, ya que habían tenido que encenderla. Volvía a nevar.

—Gracias, inspector. Me alegro de haberles podido ser útil.

Salió. El inspector giró su rostro hacia Clare.

—¿Vamos, *mein herr*?

Clare lo siguió. Un gran desaliento se había apoderado de él. Todo estaba perdido. Había fracasado. Pero, ¿por qué diablos no le habían hablado de *Willie*? Y... ¿quién había matado a Matuchek? Porque de una cosa estaba absolutamente seguro: Matuchek no se había

suicidado. Su comportamiento no había sido el de un hombre que piensa quitarse la vida.

Al trasponer la puerta, miró a un lado. La gran plaza del pueblo se extendía ante él. El coche en el que había llegado el inspector, estaba a la izquierda. Frente a él, el autobús, en el que iban entrando los hombres de negocios austríacos.

Y a su derecha, un pequeño automóvil. Sentada ante el volante, una mujer.

Helda. Otra vez.

Por entre los pensamientos de Clare se abrió paso el de qué demonios podía estar haciendo allí la mujer. No había venido en el autobús. Había llegado en un coche propio y... muy oportunamente. ¿Para buscar a Atanasius?

El autobús, repleto de gente, se había puesto en camino hacia el puente. Llegaba al borde este, y seguía, por entre las barandillas metálicas. Allí hubiera tenido que ir él. En una misión que no había buscado, pero que sí había aceptado. Y ahora...

Sus ojos se volvieron hacia el pequeño automóvil. La portezuela de este se había abierto y una mano larga salía por ella.

Y aquella mano le estaba haciendo una seña.

¿A él?

Clare jamás había obrado por impulsos. Todos sus golpes habían sido siempre bien meditados. Pero en este momento, y mientras sentía en su brazo la presión de la mano del inspector austríaco, obró. Fue un movimiento reflejo, casi inconsciente.

Dio un salto y penetró en el coche. Este, va en marcha, aligeró el régimen, enfocando la entrada del puente.

El gendarme austríaco que guardaba la barrera, y que no había bajado esta aún, cogido de improviso, solo pudo soltar la pesada culata del poste, para que esta descendiera por su propio peso. Pero el coche, pequeño, bajo, había pasado ya.

Gritos, advertencias, y un disparo al aire.

—Agáchese —dijo la mujer.

Conducía inclinada sobre el volante, y apretaba el acelerador suave, pero continuamente.

El cochecito alcanzó al autobús, pasó entre este y las pasarelas metálicas y enfocó la pértiga checoslovaca, que estaba levantándose en ese momento para permitir el paso al autobús.

—Salte ahora, coronel —dijo secamente la mujer.

—Pero usted...

—¡Salte!

Clare saltó. Una patrulla de gendarmes austríacos sus armas y desde una de las torres de vigilancia, una ametralladora enfiló el puente, dispuesta para disparar.

Un oficial checo atravesó su propia línea y se estacionó en medio del puente.

—¡Alto! —aulló.

Clare estaba corriendo hacia él. Detrás de sí mismo, el autobús se había detenido.

Por un momento, la tensión cristalizó. Todos permanecieron como figuras heladas, en medio de la nieve que caía interminablemente.

—Soy el coronel Rudesko —dijo Clare secamente—. Tengo que pasar.

—Colóquese detrás de mí. ¡Alto!

Los gendarmes austríacos se habían detenido. Muchos incidentes fronterizos les habían hecho ser muy precavidos en sus tratos con los checoslovacos.

—Capitán —dijo el sargento de gendarmes—. Ese hombre es un sospechoso de asesinato.

—Lo sabremos enseguida. Vamos, coronel, continúe. Déjenlo pasar.

Se refería a sus hombres. Estos abrieron camino y Clare pasó. Suspiró levemente. El aire salió de su boca en forma de vapor de agua.

—¡No tienen ustedes derecho...!

—Lo sabremos enseguida, sargento.

Todos ellos hablaban en alemán. El cochecito de Helda estaba parado en medio del puente. Un poco delante del autobús. La muchacha se había apeado y caminaba lentamente en dirección a la frontera checa.

Llegó un momento después. El oficial había retirado a sus hombres hasta detrás de sus propias líneas. La situación se había estabilizado.

—¡Capitán, queremos conferenciar con el jefe de guardia!

—Yo soy el jefe de la guardia. Dentro de un momento conferenciaré con ustedes. Retírense al otro lado de la línea. Dejen libre el puente. Es una orden.

Los gendarmes se retiraron. Helda había llegado hasta el lugar en que estaba Clare.

—Gracias —dijo este—, pero... ¿por qué...?

—Después.

El capitán se les reunió.

—Su pasaporte —exigió a Clare.

Este se lo mostró. El capitán leyó atentamente y luego sacó un cuadernito con tapas de hule de su bolsillo.

—Correcto —dijo, esta vez en checo—. A sus órdenes, camarada coronel. Pero no ha llegado todavía el automóvil que lo conducirá a Bratislava.

—Bien, espero.

—Sírvase seguirme, camarada coronel. En cuanto a usted...

La joven se acercó a él y le dijo unas palabras al oído. El capitán la

miraba con atención. Se encogió de hombros.

—Por aquí —dijo.

Los condujo a una habitación en una de las casas de madera que rodeaban la boca del puente. Allí no había pueblo, como en la frontera austríaca, sino solo un destacamento militar.

—Esperen aquí. Tengo que hablar con los del otro lado.

Y ambos quedaron solos.

Clare encendió un cigarrillo. Ofreció otro a la joven, que lo aceptó.

—Y ahora, si quiere decirme por qué...

—¿De veras no lo sabe, coronel?

—¿No sé qué?

—¿Por qué he hecho esto?

—No.

—Me envía *Willie*.

Clare aspiró profundamente el humo del cigarrillo.

—Es decir, Atanasius.

—No. *Willie*.

—¿No es lo mismo?

—No.

Lo miraba. Sus ojos azules, brillaban en su cara tostada por el sol. Se había abierto el gabán de pieles y debajo de él llevaba un vestido de lana que se ajustaba a su cuerpo como un guante.

—Creí que *Willie* estaba...

—¿Contra usted? Coronel...

Bajó la voz.

—Coronel, ¿es que ha perdido la memoria?

—No, desde luego.

—Lo parece.

Se había acercado a él tanto que le echaba a la cara el humo de su cigarrillo.

—¿Seguro que no la ha perdido?

—No.

Estaba pensando furiosamente. *Willie*... por una parte Atanasius había intentado obstaculizar su entrada en Checoslovaquia. Por otro lado, la secretaria, la amiga de Atanasius, lo había salvado en el momento oportuno. Las preguntas se agolpaban en su cabeza como avispas furiosas.

—¿Qué piensa que va a ser de usted cuando regrese a su país?

Ella sonrió.

—Coronel, usted me asombra cada vez más. ¿Qué va a ser de mí? Nada.

—¿Quién de ustedes mató a Matuchek?

—¿Nosotros? Coronel...

—¿Cuál de ustedes dos? ¿Atanasius o usted?

Ella seguía sonriendo. Su boca parecía una gran herida roja en el tostado de su cara.

—Cincuenta mil dólares.

—¿Qué?

—Cincuenta mil dólares colocados en un Banco de Suiza.

—No sé de qué me está hablando.

—Le estoy hablando de los cincuenta mil dólares que ustedes depositarán en una cuenta numérica de Suiza cuyo número les será facilitado pronto.

—¿Yo?

—Ustedes. El SS americano.

Clare no movió un solo músculo de su cara.

—¿Es *Willie* quien le ha pedido eso?

—Sí.

—Pues dígale...

—Lo que haré será decirle a las personas que vengan a buscarle, que no es usted el coronel Rudesko. Vamos, no hay tiempo que perder.

—Entonces, ¿quién soy?

—No querrá que se lo diga delante de todos. ¿Verdad?

No. Clare no lo quería. Aquellos ojos azules no estaban mintiendo. Decían la verdad.

—Conforme. Pero le voy a preguntar una cosa. ¿Cómo lo supo?

—*Willie* se entera de todo. Y le diré algo más, a pesar de que no me lo ha preguntado. Stepan Rudesko fue operado de apendicitis» hace diez años.

Clare no pestañeó.

—Conforme. ¿*Willie* mismo se encargará de pedir el dinero?

—Sí.

—Y... ¿nada más?

—Nada más, coronel. Obtenido el conforme de su Gobierno, usted podrá hacer lo que vino a hacer aquí. La puerta se abrió.

—Han llegado los que usted esperaba, coronel.

Detrás del capitán había dos hombres de paisano. Uno de ellos se adelantó hacia Clare.

—Encantado de volverlo a ver, coronel. Podemos marcharnos tan pronto lo desee.

—Inmediatamente.

Los ojos de Clare estaban fijos en la muchacha. Esta le hizo un último gesto y salió.

Clare siguió a los dos hombres. Un «Trata» largo y negro, los esperaba en la carretera. Entraron en él.

—Bien, coronel, al parecer ha habido incidentes a última hora, ¿no es eso?

—Han asesinado a Matuchek —dijo Clare, secamente.

Los dos hombres se miraron.

—¿Quién?

—Eso es lo que tratan de averiguar... y lo que me gustaría saber a mí.

—Explíquenos lo que ocurrió, ¿quiere?

Clare lo hizo en pocas palabras, en las menos posibles. Los dos hombres asintieron.

—Así que usted no cree que él se suicidase, ¿no es eso?

—No, en manera alguna. También intentaron matarme a mí.

Y les explicó lo que había ocurrido en su habitación.

—Coronel, usted ha estado lejos de la patria durante varios años. No, no había motivo alguno para que Matuchek se suicidase. Lo peor de todo es que ahora habrá reclamaciones, y no nos conviene.

Clare estaba pensando que jamás debía haberse metido en semejante avispero. El hombre que hablaba con él se comportaba como si lo conociese de antiguo. Pero él no sabía *con quién estaba hablando*. Tenía que llevar cuidado, mucho cuidado.

—Afortunadamente, Nadja ha obrado rápidamente —dijo el hombre. Sonrió—. Como siempre. Ha estado en el sitio exacto en que se la necesitaba, y justo cuando era preciso.

—Sí —respondió Clare cautelosamente.

—Usted no la conocía, ¿verdad?

Clare estaba encendiendo un cigarrillo, aprovechó la circunstancia para contestar con un gruñido que no le comprometía. Los dos hombres olfatearon.

—Cigarrillos americanos, ¿verdad? ¿Le importaría...?

—Oh, no, tomen. Quédense con el paquete.

—Estará usted acostumbrado a ellos ya. No, tomaremos uno solo. Pues... No, usted no la conocía, claro. Empezó a trabajar para nosotros hace menos de tres años. Atractiva, ¿verdad?

—Desde luego. Y decidida. Pero... ¿cómo logrará pasar de nuevo a Austria?

—Quizá no sea necesario, pero si se decide que sí, pasará de nuevo, no se preocupe.

—Otra cosa, Atanasius, uno de los hombres que vienen en la expedición, quiso hacerme detener acusándome de la muerte de Matuchek, o por lo menos hacerme sospechoso ante la policía.

—Lo vigilarémos, pero no creo que podamos hacer nada. Bien, coronel, llegaremos dentro de un poco. ¿Contento de verse de nuevo en la patria?

—Desde luego.

Pasaron rápidamente por Malacky, una hora más tarde estaban en Bratislava.

Y dos horas más tarde, un general checo recibía en su despacho a

Clare, con la mano extendida, para darle la bienvenida.

La habitación de la clase era amplia, y tenía dos enormes ventanales desde los cuales se veía un impresionante panorama de los Montes Metálicos.

Clare estaba en su estrado. Ante él, había más de veinte caras de jóvenes de ambos sexos ninguno de los cuales pasaría de los veinticinco años.

Todos escuchaban atentamente sus palabras, pero no había ni un solo cuaderno en los anchos brazos de los sillones. En lugar de ellos, pequeños aparatos magnetofónicos que rodaban silenciosamente.

—Koblanova —dijo Clare.

Una rubia cabeza se alzó hacia él. Dos ojos azules le interrogaron.

—Dígame cómo debe usted llamar al agente de policía que la detiene por una infracción del tráfico.

—Oficial.

—Noseck. ¿Cuándo debe usted decir «lomos verdes»?

—Cuando me refiera al dinero en general, no a los dos billetes que tengo en el bolsillo.

—Boszik, ¿qué hará con la chica a la que haya acompañado a un baile, al despedirse de ella en la puerta de su casa?

—Besarla, desde luego.

—¿Por qué?

—Se extrañaría si no lo hago.

Hubo risitas, prontamente cortadas.

—Korpachev, usted va por una acera. Una negra en dirección contraria, ¿le dejaría usted la derecha?

—No.

—Pastizek...

Y así, hora tras hora. Cuando acabó, los muchachos salieron ordenadamente. Clare se quedó sentado en su estrado, con las manos sobre la mesa.

«Veinte estudiantes por clase, en tres clases, hacen sesenta».

Y las caras de todos grabadas en su mente. Pero necesitaba algo más que las caras en su cerebro. Necesitaba sus efigies en blanco y negro; algo que pudiera servir a Cortman.

Y hasta entonces no se había atrevido a usarlo, pero comprendió que ya no podía retrasarlo más. Llevaba quince días en la escuela de capacitación para espías de Zlin, y dentro de otros quince debería volver a Estados Unidos. No podía perder mucho tiempo. En su cabeza estaban también grabadas las otras clases, aquellas en que se enseñaba a

los futuros espías a vivir en medios absolutamente americanos, copiados con una fidelidad asombrosa.

Durante aquellos quince días, había convivido con los instructores. Una sola vez, el general Pek pidió verlo en su despacho.

—Coronel —le había dicho—. Estamos conformes con su labor. Pero... ¿no parece ir demasiado aprisa? No estamos corriendo ningún maratón. Preferimos que nuestros alumnos vayan más despacio, pero... más seguros.

—Todos han aprobado perfectamente los *tests*, camarada general.

—Lo sé, pero quizá conviniese hacer las cosas un poco más... lentamente. No tenemos mucha prisa, Rudesko, no mucha, al menos.

—Comprendo, camarada.

—Era solo una sugerencia, coronel. Naturalmente, usted es el instructor.

—Sí, camarada.

Una sugerencia... que podía convertirse en una orden. Bien, él estaba allí para informarse atentamente de la marcha de la escuela y recordar caras, no para instruirles, efectivamente.

Recordar caras... Fijarlas en película, a ser posible. Bien, tenía que hacerlo.

Se tocó la hebilla del cinturón. Una hebilla labrada de plata producto de la primitiva artesanía mejicana. Pero no era solamente una hebilla. Dentro de ella había una cámara fotográfica, una de las más pequeñas que había fabricado la casa Kodak. El objetivo era el ojo de la Serpiente de Plumas. En la escuela del servicio secreto, Clare había practicado con ella muchas veces y conocía el ángulo exacto en que había que colocarla para que fotografiase la cara de su interlocutor.

Bien, ahora tenía que comenzar a emplearla ya.

Y recordar además a *Willie*.

Willie...

Matuchek muerto cuando estaba preparando su entrada en Checoslovaquia. ¿Por qué? ¿Había sido descubierto por *Willie*? Y... ¿quién era este? ¿Atanasius?

¿O no?

Clare sacudió la cabeza. Atanasius habría vuelto a Austria, sin ser molestado, probablemente. Pero, ¿dónde estaba Helda? ¿Sería *Willie* una mujer al fin y al cabo?

Salió lentamente de la clase. Un largo corredor se extendía ante él. Cuando llegaba a la puerta de salida, para dirigirse al pabellón donde tenía sus habitaciones, vio que un coche se detenía en uno de los caminos del jardín.

—Rudesko.

Era el hombre que le había recibido en la frontera, y cuya identidad conocía ahora. El mayor Versinin coordinador de la escuela con el

Ministerio de la Guerra en Praga.

Clare se acercó al coche, andando con la misma lentitud.

—Hola.

—¿Quiere subir?

—Desde luego. ¿Dónde vamos? Se trata de que no tengo permiso para abandonar la escuela.

—El permiso lo tengo yo. Vea.

Clare examinó el documento, firmado por el general. Estaba en regla, al parecer. Subió al coche.

—¿Ocurre algo?

—Se lo diremos más tarde.

Clare era dos grados más importante en el escalafón de oficiales, pero Versinin se comportaba como si él fuera quien daba las órdenes. Probablemente, aunque no lo sabía seguro, pertenecería a la policía del Estado. Y con ella no se discute.

El coche atravesó rápidamente los terrenos de la escuela, poblados de casitas que formaban una copia fiel de Un pueblecito norteamericano, y llegaron a la verja. Esta les fue abierta. La carretera, libre, se extendió ante ellos.

—Coronel, ¿le gusta su trabajo?

—Me gusta, comandante.

—¿Alguna dificultad?

—Ninguna hasta ahora.

Clare se desabrochó la americana, como si estuviera buscando los cigarrillos en los bolsillos del pantalón. Sus dedos tropezaron ligeramente la hebilla del cinturón, mientras se recostaba en el asiento. Ahora tenía enfocado a Versinin. Un simple movimiento y la diminuta cámara actuó.

Primera fotografía.

—Coronel, usted no me hizo pregunta alguna sobre... «Helda».

—No me gustan las preguntas que quizá no puedan ser contestadas, comandante.

—Su discreción le honra, coronel. Pero, ¿acaso no tiene usted curiosidad por saber quién es?

—La curiosidad es algo imposible de evitar, Versinin, pero la discreción consiste en no demostrarla.

—Entendido, coronel. La que usted conoció como «Helda» es uno de nuestros agentes en Austria.

—Bueno, ella me ayudó en un momento particularmente difícil. No lo hubiera hecho de no haber estado de nuestra parte, ¿no?

—Exacto. Coronel, lo que queremos saber es qué lo ocurrió a Matuchek.

—Ya se lo dije. Según mis noticias apareció muerto en su habitación del Kaiserhoff. Algo le oí al inspector austriaco. Tenía una

pistola en la mano. Podía haberla estado limpiando, pero... yo había estado hablando con él unas horas antes...

Se detuvo.

—Hacia las cinco de la mañana llamé a su puerta. No me contestó. Entonces debía haber estado muerto ya. Quería verlo para decirle que alguien había intentado asesinarme.

—Si. Ya nos lo contó. Bien, Matuchek fue asesinado. La policía austríaca ha comunicado que fue suicidio, pero sabemos que ellos no se lo creen demasiado firmemente.

Hizo una pausa.

—Coronel, Matuchek era uno de nuestros mejores agentes en Austria. Nos ha prestado grandes servicios y lo estamos echando de menos.

—Lo siento.

—¿Quién lo mató, según usted?

—Versinin, ¿este es un interrogatorio?

—Es el comienzo de un interrogatorio, coronel. Hemos estado esperando a saber lo que pensaba la policía austríaca. Pero ahora tenemos que saber nosotros lo que ocurrió.

—Bueno, creo que fue Atanasius quien lo mató.

—¿Por qué?

—Pues... diríamos, corazonada.

—Un hombre como usted, coronel, no actúa por corazonadas ni piensa con el corazón, sino con el cerebro.

—Bueno, en este caso, así es. Creo que fue Atanasius. ¿Lo han dejado volver a Austria?

—Sí, no poníamos hacer otra cosa. Ha vuelto allá.

Hubo un silencio.

Clare estaba pensando rápidamente. No veía a Atanasius como a *Willie*. La rapidez con la que había actuado la mujer... su presencia en el pueblo fronterizo, con un coche particular, sus palabras... No, ella no actuaba en nombre de nadie. Probablemente actuaba en su propio nombre. ¿*Willie* una mujer? ¿Y espía checa?

—Coronel.

Clare se sobresaltó.

—¿Si?

—¿Le dijo Matuchek si sospechaba de alguien?

Solo había una respuesta. Si aquello era una trampa, tanto peor. No podía sino responder la verdad, ya que no sabía lo que Matuchek hubiera informado a sus superiores en Praga.

—Me dijo que tuviera cuidado con *Willie*.

—Con *Willie*... ¡ah!

La cara de Versinin, angulosa, de pómulos muy salientes, estaba seria.

—Usted ha tenido ya contacto con *Willie*.

—Hace muchos años, Versinin.

—Sí. Desde luego. ¿Quién es *Willie*?

—Lo ignoro.

—¿Recuerda bien las circunstancias en las que entabló contacto con él?

Trampa. Cuidado, trampa.

¿Por qué diablos no le habían hablado de *Willie*? ¿Por qué? Tenían que haberlo hecho.

—Claro.

«Ahora me preguntarán cómo y no sabré contestar. Trampa. Has caído en una trampa, pero, ¿podías haber hecho otra cosa? ¡Maldito Cortman, debió haberme avisado!»

—¿Estamos lejos aún? —preguntó.

—No. De hecho, hemos llegado.

Estaban en un campo arado. El frío era intenso. La soledad, absoluta. Solo, a lo lejos, se veía una débil columna de humo. Una granja, quizá.

Versinin se volvió hacia él.

—Coronel, quería hablar con usted en algún lugar en que supiera absolutamente que no había micrófonos ocultos ni oídos atentos. Esa escuela me pone nervioso a veces. Usted lo comprende, ¿verdad?

—Sí.

—Coronel, Matuchek no se suicidó, desde luego. Fue asesinado. Asesinado por *Willie*.

—¿Seguro?

—No puede ser de otra manera. *Willie* no quería que usted entrase de nuevo en la patria. Mató a Matuchek y luego intentó matarlo a usted.

En aquel momento, Clare tuvo una de las premoniciones que habían hecho de él uno de los mejores estafadores de Estados Unidos.

—*Willie* es un agente doble —dijo.

Versinin entornó los ojos.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Recuerde cuando establecí contacto con él, hace ya años —aventuró Clare—. *Willie* está trabajando como dicen en *Estados Unidos*, a dos bandas. Al menos eso es lo que pienso.

—Bien, quizá sea verdad. Y aquí entre usted, coronel. Tiene usted que desenmascarar a *Willie*.

—Versinin, tengo mi trabajo en la escuela y es muy importante, ya lo sabe.

—Sí, pero también es importante sacar a la luz a ese hombre.

«¿Hombre? Luego, ¿no lo sabían ni lo sospechaban siquiera? ¿O estaba fingiendo Versinin?».

Podía ser. Había que tener cuidado, mucho cuidado.

—Bien, si mis superiores me dan permiso para ello...

—Lo conseguiremos. Un retraso un poco largo, no importará demasiado.

—Por mí...

Versinin se volvió al chófer.

—Vuelva al lugar del que hemos salido —ordenó.

El coche dio la vuelta. Durante el regreso, ninguno de los dos habló. Cuando llegaron de nuevo a la verja, entraron.

—Bien —dijo Versinin—. Volveré dentro de un par de días. Para entonces tendré las autorizaciones necesarias.

Clare le tendió la mano que el otro estrechó flojamente. Luego, el coche partió.

Clare entró en su cuarto, se duchó y se afeitó. La hora de la comida había pasado ya, y tenía hambre. Fue al comedor que compartía con los otros instructores y un camarero le sirvió. Justo cuando estaba terminando, el director entró.

—Ah, Rudesko, lo he estado buscando.

—Bueno, ya sabe usted, camarada, que he tenido que salir. Usted mismo dio la autorización.

—Sí. Lo sé. Hay un par de grabaciones que hemos estado escuchando.

—¿Referentes a mí clase?

—Sí. Venga a mí despacho.

Clare siguió al general Pek. Durante casi dos horas estuvieron oyendo las grabaciones y contestó a las preguntas del hombre que manejaba la escuela de espías. Solo después pudo volver a su cuarto.

Al abrir la puerta se detuvo en el umbral. El humo de un cigarrillo llegó hasta su nariz.

—Hola —dijo.

La mujer no se movió. Estaba sentada en el único sillón de la pieza y fumaba lentamente.

—Hola, Helda —repitió, acentuando la palabra—. ¿Cómo ha entrado aquí?

—Por la puerta, naturalmente.

—Quiero decir: ¿cómo le han dejado entrar?

Ella dejó el cigarrillo en el cenicero. Lo aplastó, lentamente.

—Coronel Rudesko, usted ha estado hablando hoy con Versinin.

Clare sabía que en todas las habitaciones de los profesores había micrófonos. Oficialmente, los instructores debían ignorar su presencia, pero de todos ellos era conocida aquella circunstancia. El suyo, por ejemplo, estaba encerrado entre las molduras de la pared. Lo sabía. Lanzó una mirada en aquella dirección.

—Lo he dejado inservible —respondió ella como si estuviese

leyendo sus pensamientos—. Por eso no podremos hablar mucho tiempo. Hemos de volver a activarlo enseguida.

—Sí —repuso Clare—. De lo contrario, me veré metido en un buen lío.

—Lo está ya.

—¿Qué diablos quiere decir?

Ella sonrió.

—¿No lo sabe? Coronel Rudesko. O mejor dicho... John Clare. Va a ser detenido dentro de muy poco tiempo.

Clare sintió que el corazón se le paralizaba durante un instante, para continuar después sus latidos a un ritmo perceptiblemente más acelerado.

—¿Quiere decir que conocen mi identidad?

—La conocen.

—¿Desde cuándo? ¿Cuándo se lo dijo usted?

Ella se puso en pie.

—No se lo dije. Lo sabían ellos ya.

—¡Está usted mintiendo! ¿Cómo podían saberlo?

—Lo saben. Lo sabían ya cuando usted traspasó la frontera. Ogilvie murió y ellos lo supieron.

—¿Ellos?

—Sí.

—Ellos y... usted, que trabaja para ellos. Versinin mismo me lo ha dicho.

Ella seguía sonriendo. Los labios entreabiertos dejaban ver unos dientes perfectos, blancos e iguales. Llevaba el mismo vestido de lana con que la viera en el puesto fronterizo.

—Clare, ignoro cómo diablos pudieron pensar en Estados Unidos que lograrían engañar a los checos. Supongo que los cegó la necesidad de saber cómo funcionaba un lugar como este. Pero no tenemos tiempo que perder. Van a detenerlo a usted tan pronto como...; bueno, no creo que tarden siquiera cinco días en hacerlo. ¿Ha sacado usted las fotografías?

Clare estaba pensando rápidamente.

—No —respondió.

—No mienta. Oh, sería muy fácil para ellos descubrirlo. No resistiría usted un registro a conciencia. Las encontrarían. Quiero que me las dé.

—No las tenso... *Willie*.

Helda se echó a reír.

—No sea tonto. Clare. No soy *Willie*.

—Usted es uno de sus agentes. Usted misma lo confesó en el puesto fronterizo.

—No soy *Willie*.

—Pero trabaja usted para él. Para un agente doble.

—Clare, no tenemos tiempo que perder. Yo puedo hacer llegar esas fotografías al otro lado.

—A *Willie*.

—No sea tonto, le repito. Tiene que dármelas.

—No. Escuche una cosa. Me he metido en este asunto por... bueno, porque me he metido. Pero una vez dentro de él no estoy dispuesto a fracasar. Y si tengo que fracasar, usted se hundirá conmigo. ¿Qué cree usted que ocurriría si yo le dijese a Versinin que usted es agente de *Willie*?

—¿Quiere saberlo?

—Por curiosidad.

—Se reiría de usted hasta caérsele los dientes. No lo creería, simplemente. Pero usted está ya sentado en el potro.

Clare dio un paso en dirección a la mujer.

—¿Si?

Estaba muy cerca. Tan cerca que le bastaría alargar los brazos para tocarla.

—Sí, Clare.

—Pues hágalo. Ya lo veremos.

Ella se puso seria.

—¿No me las da?

—No. De ninguna de las maneras. Y, además...

Alargó las manos y las llevó al cuello de la mujer. Rodeó este con los dedos, pero sin apretar. Ella no se movió. Se limitaba a mirarlo un poco burlonamente.

—¿Qué es lo que piensa que puede conseguir con eso?

—Puedo estrangularla.

—¿Arreglaría eso su situación?

—Es posible que no, pero libraría al mundo de... *Willie*.

—Aparte las manos.

Clare apretó ligeramente. Las caras de ambos estaban muy juntas.

Aquellos labios, tan enloquecedoramente cercanos... El cuerpo, que sentía casi pegado al suyo...

Sintió que su cabeza vacilaba. Pero con un esfuerzo se dominó.

—Clare, no podemos perder tiempo. Ni un solo instante. Si tiene usted las fotografías, debe dármelas.

—Antes te veré en los infiernos.

Apretó más aún y luego, con fuerza, con ganas de hacer daño, la besó en los labios.

Fue un beso furioso. El beso de un hombre desesperado.

Ella ni tan siquiera se movió. Sus labios no contestaron a la caricia.

—Y ahora —dijo cuando él apartó los labios—, las fotografías. Clare, es la única manera de que pasen al otro lado.

—¡No!

Ella suspiró ligeramente.

—Está bien, me obliga a decirle una cosa. No quería hacerlo, porque ello significaría que quedaría invalidada. Clare, métase esto en la cabeza: Estamos trabajando para «las mismas personas».

Clare se apartó. Con mano firme encendió un cigarrillo.

—¿Algún cuento más?

—Tiene que creerme. No he querido decírselo antes, y bien sabe Dios que he podido hacerlo, pero si lo cogen tienen medios de hacerle hablar, y no quería que lo supieran. Usted hablaría y ello me invalidaría a mí. No podría seguir trabajando como lo hago, porque entonces conocerían mi identidad. Pero no hay más remedio. Es la única manera de que todo lo que se ha hecho hasta ahora sirva de algo. Entiéndalo bien, maldito obstinado. La única manera.

—Está mintiendo.

—No. Y los minutos corren. Tan pronto se den cuenta de que el micrófono está inactivado, tratarán de saber por qué. Tiene que dármelas.

—Ha dicho que trabajamos para las mismas personas. ¿Para quién?

—No podemos perder más tiempo. Clare. Me he expuesto mucho.

—¿Para quién? —repitió él implacablemente.

—Está bien. Cortman.

—Un agente de *Willie* que conociera todo el asunto como él lo conoce, sabría el nombre de Cortman. Eso es fácil. No. Puede usted irles con el cuento. Yo también hablaré.

La joven respiró profundamente.

—Versinin ha estado hablando conmigo. Hace una hora. Me ha pedido que venga a verlo.

—¿Lo está viendo? Y aun así quiere que yo...

—Me ha pedido que venga a verlo para... ¿Es que no lo comprende, hombre de Dios?

—No.

—Usted me obliga. Y que conste que esto puede echarlo a perder todo. Para intentar convencerlo de que debe darme las fotografías. Esa es la clase de confianza que tienen en mí. Lo que no sabe Versinin es que es la verdad. El piensa que soy un agente checo.

No lo soy. Soy agente de Estados Unidos. Y pido a Dios que el micrófono que he desactivado hace unos veinte minutos, no se haya puesto en marcha ya. Cortman telefoneó al cónsul americano en Viena dos días antes de que usted cruzase la frontera porque yo les había dicho que *Willie* iba a tratar de impedirles la operación o a sacar partido de ella. Pero no pude ponerme en contacto con usted porque *Willie* me lo impidió. Aquella noche me estuvo vigilando todo el tiempo. Y yo a él, porque quería una información que ahora tengo ya.

Clare hizo un llamamiento a toda su sangre fría. Pero la cabeza le daba vueltas.

—¿*Willie*? ¿Quién es?

—Atanasius, naturalmente.

—¿Y usted...?

—Yo trabajaba para él. Con improbables esfuerzos conseguí que me diera un puesto en su organización. Oh, un puesto ínfimo. Pero ahora él debe saber quién soy yo... y... me puede estar esperando al otro lado de la frontera. Y tiene poder para hacerme... cosas que no quiero que me haga. Puedo pasar, pero tiene que ser rápidamente. Y no quiero hacerlo sin las fotografías.

Clare la miraba a los ojos. Y por primera vez en su vida no supo si aquellos ojos estaban diciendo la verdad o mintiendo.

—¿Mató Atanasius a Matuchek?

—Matuchek lo había descubierto aquella misma noche. Volvió al cuarto de Atanasius poco después de haber estado ustedes dos en él y llamó diciendo que era el conserje. Atanasius abrió y Matuchek lo amenazó con el revólver. Ignoro qué fue lo que despertó sus sospechas, pero muy bien pudiera ser que hubiese examinado las listas de los que iban a pasar a Bratislava. El caso es que lo acusó de ser *Willie*. Fue una tontería que estuvo a punto de echarlo a rodar todo. Ningún trabajo le hubiese costado esperar a que *Willie* estuviese en Checoslovaquia para hacerlo prender por Versinin.

—No —dijo Clare lentamente—. Porque lo que *Willie* quería era que yo no pasase a este lado de la frontera.

Ella vaciló. Por un momento pareció ausentarse. Estaba pensando, evidentemente.

—*Willie* me dijo que quería hacer un chantaje al servicio secreto de Estados Unidos, una vez estuviera usted dentro de Checoslovaquia.

—¿Por qué tenía tanta confianza en usted?

—Porque...

Se mordió los labios.

—No tenemos tiempo que perder, Clare. Deme las fotografías. Yo las haré llegar al otro lado.

—No.

Clare aspiró el aire profundamente.

—Le voy a decir una cosa. Estamos demasiado hundidos como para andarnos con miramientos. Quiero salir libre de todo esto. Quiero decir, que si la situación está caliente, yo *quiero* saltar de la sartén. No *quiero* que me dejen aquí. Si usted tiene un medio de salir, *quiero* acompañarla.

Hizo una pausa. Estaba enseñando los dientes como un lobo.

—No quiero servir de chivo. Quiero salir. Cumplir lo que me han encomendado, pero... salir también. No morir como un perro.

—No puede ser... No podría hacerlo.

—Usted tiene medios a su alcance. Y no quiero separarme de usted. O eso, o nada.

Ella lanzó una mirada hacia el lugar en que Clare sabía que estaba el micrófono.

—Estamos perdiendo el tiempo. Usted no puede salir de la escuela.

—No quiero hacerlo todavía. Le voy a decir otra cosa: Hasta ahora solo he tomado una sola fotografía. La de Versinin. Necesito un día

para fotografiar a los alumnos que han de ser enviados a Estados Unidos dentro de seis o siete meses. Un día. Y luego, que usted me consiga el medio de salir de aquí.

Helda cerró los ojos.

—Versinin me ha dicho que tiene que volver a verlo a usted dentro de dos días.

—Si. A mí me dijo lo mismo.

—Podría haber un medio...

Clare asintió.

—No me importa el cómo. Quiero resultados. O salimos los dos o... comenzarán a ocurrir cosas.

—Ese micrófono no puede estar más tiempo desactivado.

Cogió el sillón y lo llevó hasta la pared. Se subió en él y metió la mano por encima de la moldura.

Clare apretó los labios. La situación había escapado de sus manos. Si Helda era un agente americano, podría haber una solución. Si era un agente checo, ya tenía él el cuello metido en el lazo corredizo, y si lo era de *Willie*... bien, entonces no tenía ni idea de lo que podía ocurrir.

Ella volvió a bajar. Sus labios se movieron, pero de ellos salió solo un ligero susurro.

—Nos veremos luego. Yo lo procuraré.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió. Un momento después había desaparecido.

Clare permaneció de pie, con el cigarrillo encendido, inmóvil, hasta que la lumbre le llegó al dedo. Lo soltó, con una maldición.

Así que de nada había servido todo aquello. El mes y medio de trabajo intensivo en Estados Unidos, la huida de Austria... Todo inútil. La policía checa *sabía* y lo esperaba para cogerlo cuando a ella le conviniese. De nada servía maldecir. Lo que había que hacer era obrar. Y obrar rápidamente. Si Helda no lograba sacarle de aquello, tendría que hacerlo por sus propios medios.

Cuáles eran estos no lo sabía, pero sí que no podía perder mucho tiempo en averiguarlo.

Helda había dicho que era una espía doble. Aquello resultaba tan increíble como el hecho de que Atanasius le hubiera descubierto tan rápidamente y pasado el soplo a las autoridades checas.

Pero tanto si era verdad como si no lo era, tenía que actuar.

Encendió un nuevo cigarrillo y se tendió en la cama. No tenía que bajar al refectorio hasta la comida de la noche. Hasta entonces, el tiempo era suyo.

Dos horas más tarde sabía lo que tenía que hacer.

A la mañana siguiente dio su clase con toda normalidad, pero un observador atento hubiera podido quizá darse cuenta de que cambió de postura en su silla con mucha frecuencia y que su mano izquierda se

dirigía con la misma frecuencia a su estómago como si hubiera algo allí que le molestase.

Cuando acabó, y los futuros agentes hubieron salido, permaneció durante unos instantes en su sitio, pensativo. Por fin, lentamente salió de la habitación.

Cruzó la amplia plaza, copia exacta de la de cualquier pueblecito de Estados Unidos, y se encaminó a la sala de tiro. Varios agentes en aquella enorme habitación acolchada, disparaban armas de distintas clases sobre blancos fijos o móviles. La semejanza con lo que le habían obligado a él a hacer en América, le hizo sonreír.

El instructor se le quedó mirando.

—¿Quieres algo, camarada?

—No me importaría ejercitarme un poco. Llevo quince días inactivo —respondió.

—¿Qué arma quieres?

—Corta. Una «Skoda».

El instructor le tendió una pistola. Durante media hora estuvo tirando al blanco y luego, con el arma en la mano ostensiblemente, se dirigió al armero.

Esperó hasta que el instructor estuvo de espaldas y se guardó el arma en el bolsillo. Había elegido el modelo «Skoda» de pequeño calibre debido a su cañón corto y a su escaso bulto.

—Ahí te dejo la pistola, camarada.

—Está bien.

¿Sería posible? La cosa había resultado de una sencillez extraordinaria. Pero ahora sabía que si lo cogían con un arma encima, no podría dar explicación alguna. Sencillamente, había pasado el Rubicón.

Se preguntó si serían únicamente Versinin y los elementos de la policía de seguridad del Estado los que conocían su identidad. Quizá ni siquiera habían advertido a los responsables de la escuela de capacitación. Las condiciones de seguridad que reunía esta, con sus dobles alambradas, sus tapias y sus centinelas eran bastante para desanimar a quién pretendiese salir de ella sin el salvoconducto reglamentario.

Era la hora de comer. Lo hizo en compañía de los demás instructores, y luego volvió a su habitación. Escondió el arma en el neceser, después de sacar la máquina de afeitar eléctrica.

Aquella noche hubo una reunión de instructores, que presidió el general Pek y luego un simulacro de vida en común, una fiesta en el Country Club de la ciudad. Las muchachas iban vestidas con trajes vaporosos, y los muchachos en mangas de camisa. Bailaron *rocks*, bebieron y cualquiera hubiera dicho que se encontraba en Estados Unidos. Las palabras que empleaban, los giros, idiomáticos, la manera

de moverse, de actuar, eran tan absolutamente genuinos que hubieran engañado a cualquiera. Se bebió cerveza y *whisky*, «Coca-Cola» y «Martinis». Todo, todo absolutamente igual.

Clare bebió poco. En general, todos lo hicieron, aunque parecía que habían consumido mucho. Una de las reglas inflexibles de la escuela era: «bebe menos que tu anfitrión en todo momento», y se cumplía a rajatabla. Un viaje al lavabo con un vaso en la mano permite tirar la bebida por el inodoro y volver después al salón con el aspecto de haberlo vaciado en el estómago.

—¿Alguna observación? —preguntó el general Pek acercándose a él.

—Ninguna, camarada general. Se han portado magníficamente.

—Examinaremos las grabaciones mañana. Tenemos que analizarlas por si algo se le hubiese escapado a usted. Una de las muchachas dejó escapar una palabra checa en un momento dado, cuando su compañero la pisó. Lo oí perfectamente.

—Me encontraba al otro lado del salón —respondió Clare alertado instantáneamente.

—Lo sé. Bien, mañana lo analizaremos. Por cierto... Se le quedó mirando.

—El comandante Versinin me ha dicho que lo necesitará a usted para un interrogatorio sobre su entrada en el país.

—Lo sé. He hablado con él ayer. Creo que vendrá a buscarme mañana.

—Creo que sí. Le he hecho saber que lo necesitamos a usted aquí para poder completar el programa. Me ha respondido que no tardaría mucho con usted.

—Me alegraré de ello.

Se volvió como si fuera a marcharse. De pronto, dijo:

—Ayer me pareció ver a una persona conocida en el recinto de la escuela.

—¿A quién?

—Una mujer.

Pek se encogió de hombros.

—¿Extraña a la escuela?

—Pues... no lo sé. No sé si estoy preguntando demasiado, pero esa mujer me hizo un gran favor cuando entré en el país.

—Sé de quién está hablando. Sí, está en la escuela. ¿Ha hablado con ella o desea hacerlo?

—Oh, no era más que un poco de curiosidad, simplemente.

—Es tarde. La fiesta se ha alargado mucho. Le diré una cosa en confianza. No me gusta el *whisky*. Quizá esté chapado a la antigua, pero prefiero el vodka o la zuyka, y desde luego, la cerveza americana no me agrada. Muy floja.

Sonrió, dio un golpecito en el hombro de Clare y se marchó.

A la mañana siguiente, apenas salió de su habitación, vio el «Tatra» negro de Versinin en la plaza. El comandante de la policía de seguridad estaba de pie junto a él, fumando un cigarrillo.

—Hola —dijo alegremente—. ¿Está preparado?

Los nervios de Clare estaban tensos como cuerdas de guitarra. Pero su rostro era impasible cuando respondió:

—¿Qué tengo que llevarme? ¿Será largo el viaje?

—No mucho. Sus artículos de uso personal, nada más.

—Voy por ellos.

Versinin sacó un papel del bolsillo.

—El salvoconducto. No tarde. Dentro de poco comenzará a nevar de nuevo, seguramente.

Clare entró de nuevo en su cuarto, cogió el neceser de viaje y el gabán y volvió a salir.

Cruzando la plaza del pueblecito, llegaba Helda, envuelta en un gabán de piel, con un pequeño maletín en la mano.

Durante un segundo, Clare permaneció en la puerta, como si se hubiera convertido en una estatua. Luego, echó a andar hacia el coche. Había llegado la hora.

Algo iba a ocurrir, y no sabía exactamente qué. Pero fuese lo que fuera, no lo iban a coger sin lucha. No quería ir a parar a una cárcel checa. No lo quería.

Sus nervios estaban tensos, pero prestos a la acción cuando coincidió con Helda junto al automóvil.

—Hola —dijo con naturalidad—. No sabía que es tuviese usted aquí.

Los ojos de la muchacha estaban fijos en los suyos. Sonreía cuando dijo:

—Me alegro de verlo de nuevo, coronel Rudesko.

—Al coche —dijo Versinin—. Hace frío, diablos.

El coche se puso en marcha, dio una vuelta elegante por la plaza y se dirigió hacia la salida. Ante la puerta de la muralla, Versinin presentó a los policías los salvoconductos y su documentación. Un momento después rodaban por la carretera de Buchlovice.

Hasta llegar a esta ciudad guardaron todos ellos silencio. Iban los tres en el asiento posterior del «Tatra», en el que cabían cómodamente. Delante, solo el chófer.

Pasaron por Buchlovice a buena velocidad y siguieron hacia el Sur.

—¿A Praga? —preguntó casualmente Clare mientras encendía un cigarrillo.

—No —respondió Versinin, secamente.

—¿Dónde?

—Ya lo sabrá pronto.

—Por lo menos, ¿puede decirme si nos llevará mucho tiempo lo que vamos a hacer?

—No lo sé. Depende.

El coche, por la excelente carretera, en la que había poca circulación, aumentaba la marcha. El cuentakilómetros marcaba ahora noventa.

—Coronel —dijo Versinin de pronto—. ¿Puede explicarme cómo no reconoció usted a *Willie*?

—¿Cuándo?

—En Mistelbach.

—Pues, recuerde que yo no lo había visto sino en circunstancias especiales, y...

Había hablado demasiado aprisa. Nadie le había dicho a él oficialmente quién era *Willie*. Nadie sino...

Miró a Helda. Esta contemplaba el paisaje abstraídamente. Comenzaba a nevar de nuevo.

—No obstante, usted debió reconocerlo. Hubiéramos evitado la muerte de Matuchek.

—Lo siento. Por el momento estaba demasiado preocupado en la forma en que iba a entrar de nuevo en la patria.

—No basta sentir las cosas.

—Comandante, ¿es que me está acusando?

—No, desde luego. En fin, lo que haya, lo averiguaremos pronto. Y *Willie* no tardará en caer en nuestras manos. Y quizá usted nos sirva de mucho para conseguirlo.

—Eso espero, comandante.

Hubo un nuevo silencio. El coche se deslizaba velozmente por el valle del Morava, que veían a su derecha, con las riberas entoldadas de bosques.

Fue poco antes de llegar a Wesseli cuando, mientras Versinin miraba por la ventanilla de su lado, Clare sintió en su costado algo. Miró con el rabillo del ojo y vio la mano de la muchacha. Esta tenía los ojos fijos en él.

Una de las cosas que había tenido que aprender exhaustivamente en la escuela del servicio secreto en Estados Unidos, era el mapa de Checoslovaquia. Y entonces, como un relámpago, comprendió. Si se dirigían hacia Bratislava, en Wessili tendrían que dejar la carretera que los acercaba hacia la frontera austríaca, y comenzar a alejarse de ella.

Helda le estaba indicando que había que actuar.

Bien, estaba dispuesto. Si lo que la joven le había dicho era cierto, ya no saldría de Bratislava, probablemente, más que en dirección a Praga y escoltado por policías del Estado.

Llevaba el gabán sobre las rodillas. El estuche de aseo, debajo, junto a su pierna. Como si tuviera frío, pese a que la calefacción del coche era

excelente, metió la mano bajo el gabán y corrió la cremallera del estuche.

—Coronel.

Reprimió un sobresalto. Versinin se había vuelto hacia él.

—¿Si?

—¿Le gusta su trabajo?

—Claro.

Su mano estaba ya sobre la «Skoda». Sus dedos se cerraron sobre la culata. Se había preocupado, cuando dejó de tirar al blanco, de dejarla cargada. Había una bala en la recámara.

—¿No le gustaba más vivir en Estados Unidos?

—Al principio, con la novedad, y todo eso, bueno, puede que sí. Pero prefiero nuestro país.

—Es muy comprensible.

—Comandante.

La mano armada con la «Skoda» estaba al borde del gabán. El próximo movimiento tendría que ser sacarla ya.

Con el rabillo del ojo volvió a mirar a la joven.

Esta tenía las manos en los bolsillos del gabán de piel. ¿Habría en ellos un arma también? Y, si la había, ¿a quién apuntaría al salir? ¿A Versinin o a él?

—¿Decía algo, coronel?

—Mire hacia acá.

Versinin lo miró a los ojos y luego fue bajando los suyos. Una expresión extraña apareció en sus pupilas azules.

—¿Se ha vuelto usted loco, coronel?

—No. Ponga las manos sobre las rodillas.

El asiento posterior estaba separado del *baquet* por un cristal, y Clare suponía que sería a prueba de balas. El chófer parecía no haberse dado cuenta de nada. Seguía con la mirada lija en la carretera.

—Y no dé el menor grito, porque disparo.

—En este momento, lo están apuntando a usted... traidor.

Clare miró por el rabillo del ojo. Las manos de Helda habían salido de sus bolsillos. En ella había dos pistolas. Dos.

—No, Versinin, sino a usted, también.

El automóvil corría por un campo helado. La nieve lo cubría todo como un manto plateado.

Esta vez fue sorpresa lo que revelaron los ojos del hombre de la policía del Estado.

—¿Qué ha dicho...?

La joven no contestó. Estaba corriendo el cristal de separación.

El chófer alzó los ojos al retrovisor. Lo que vio le hizo abrir la boca. Tema la pistola de la muchacha a cinco centímetros de la nuca.

Clare comprendió lo peligroso de la situación en una fracción de

segundo. Si el chófer frenaba bruscamente, todos ellos saldrían catapultados hacia adelante. Clavó los pies en la pared frontera, esperando el tirón, pero este no se produjo. El chófer seguía aferrado al volante y frenaba lentamente.

—Separe los pies de los frenos y del acelerador —ordenó Helda.

El otro obedeció. Evidentemente no era hombre de ideas propias o no había querido lanzarlos a todos a una muerte casi segura en aquella pista que estaba comenzando a helarse.

—Así. Túmbese en el asiento.

—El hombre obedeció de nuevo. El coche se había detenido, pero el motor continuaba ronroneando al ralentí.

—Bájese —ordenó Clare a Versinin.

Este con las facciones contraídas, abrió la portezuela. Al instante, Clare comprendió que no pensaba obedecer. Lo que hizo fue lanzarse a tierra, de rodillas, y llevarse la mano al bolsillo.

No era la ocasión para andarse por las ramas. Clare disparó. El disparo resonó blandamente en la nevada. Versinin se encogió, llevándose la mano al pecho.

La muchacha había salido por el lado contrario. Abrió la puerta del baque e hizo señas al chófer de que saliera. El hombre lo hizo, lentamente, sin dejar de mirarla.

Clare se inclinó sobre Versinin. Este jadeaba penosamente. Abrió la boca una o dos veces y luego dejó caer la cabeza sobre el pecho. Estaba muerto.

Clare se puso en pie y dio la vuelta al coche. Apuntó con su pistola al chófer.

—Regístrelo —ordenó a la muchacha.

Esta sacó del bolsillo de la guerrera de cuero del chófer una pistola de cañón largo y otra más pequeña. Las echó dentro del coche.

—Quítate el cinturón —ordenó al hombre.

El chófer vaciló. La pistola le apuntaba directamente al estómago.

—Quítatelo o te ocurrirá lo que a tu jefe.

Se quitó el cinturón. Clare lo cogió.

—Tiéndete en el suelo.

—Pero... está helado...

—Hazlo o te meto una bala en el vientre.

Cuando lo tuvo tendido le ató los pies. Se volvió a Helda que lo contemplaba impasible.

—Ponle tu abrigo por encima.

Arrastró los dos cuerpos hasta la cuneta, bordeada de árboles y arbustos. Dejó el de Versinin bien escondido. Luego, tendió el abrigo sobre el cuerpo del chófer.

Levantó la pistola y la dejó caer con fuerza sobre la cabeza del chófer.

—Vamos al auto.

Todo ello había durado escasamente tres minutos. Subieron al coche y Clare se colocó ante el volante.

—Bien, en marcha —dijo.

La muchacha dejó escapar el aire con fuerza.

—No creí que lo conseguirías.

—Ni yo. Pero no podía desaprovechar una ocasión así. Diablos, ¿cómo fueron tan tontos como para no hacerme ir a Bratislava con buen acompañamiento policíaco?

Ella sonrió.

—No querían despertar sospechas. Hubiera sido terrible que la gente supiera que uno de los profesores de la Yanká era... un espía norteamericano.

El coche corría velozmente por la pista. La visibilidad no era demasiado buena con toda aquella nieve pegando en el parabrisas.

La muchacha estaba examinando los papeles de Versinin. Miró a Clare.

—Tenéis la misma estatura aproximadamente, y facciones corrientes.

—Es la primera vez que me dice eso una mujer. Por regla general dicen que mi cara les atrae.

—A mí ahora me atrae otra cosa. No podemos pasar por Breklav. Allí vigilan perfectamente la frontera. Tenemos que volver al mismo sitio por dónde entramos.

—Eso alargará bastante el camino.

—No hay otro remedio. Allí el oficial y los soldados te recuerdan y me recuerdan a mí. Si... son los mismos. Tenemos que arriesgarnos. Además, allí... al otro lado, nos están esperando. Vamos, aprieta el acelerador.

—¿Quieres que nos estrellemos?

—No, pero quiero llegar antes de que se dé la alarma. Vamos, pisa con fuerza.

Clare lo hizo.

—Hay una cosa... ¿Por qué me dijiste lo de los cincuenta mil dólares?

—Eran las órdenes de *Willie*.

—Pero... Tú... ¿Sabes que hay muchas cosas que tendrás que explicar una vez que estemos al otro lado de la frontera, si es que logramos pasar?

—Lo haré, no te preocupes. Pero te olvidas de que *Willie* estaba entonces ya en Checoslovaquia. Y yo tenía que verme con él, aún. Y no quería despertar ninguna sospecha. Además, tenía curiosidad por saber lo que dirías cuando te hiciese la oferta.

—¿*Willie*? ¿Está aquí, o en Austria?

—En este momento está en Austria esperando noticias mías.

—Si paso la frontera, lo buscare hasta que...

—No te hará mucha falta. Yo misma te llevaré hasta él. La historia ha acabado.

—¿Sabes una cosa? Aún no sé tu nombre.

—Alik Lippstein. Nací en Austria, pero soy ciudadana norteamericana. Como tú. ¡Cuidado con esa curva!

Clare la estaba mirando profundamente a los ojos. Tuvo que dar una vuelta al volante para no estrellarse contra los árboles de la orilla.

Los sesenta kilómetros que los separaban del puesto fronterizo los cubrieron en menos de una hora. Casi un récord, si se tiene en cuenta el estado de la carretera.

—Cuando lleguemos, bajaremos del coche y preguntaremos si ha llegado ya el comandante Versinin —dijo Clare cuando les faltaban diez kilómetros para llegar—. Una vez que nos digan que no, volveremos a entrar. Si no nos detienen antes porque hayan recibido el aviso. ¿Has comprendido?

—¿Y luego?

—Tú tienes tu pasaporte y el visado, ¿no?

—Lo tengo, pero, ¿y tú?

Clare se lo dijo. Ella abrió mucho los ojos, pero no respondió. Diez minutos después llegaban al puesto fronterizo. Las casetas estaban cubiertas por la nieve y los soldados checos paseaban de un lado a otro envueltos en sus capotes de piel.

La mano de Clare no temblaba cuando se dirigió hacia la manivela de la puerta.

—¿Lista?

El soldado llegaba a paso de carga hasta ellos. La puerta de una de las casetas se había abierto y un oficial asomaba por ella. Clare dejó escapar el aire de sus pulmones. Era el mismo que los había recibido al entrar en Checoslovaquia.

Ya estaba allí, justo en el momento en que Alik se bajaba.

—¿Qué desean? ¿Quiénes son ustedes? ¿No saben que...? Ah...

Alik le presentaba sus papeles. El oficial acababa de reconocerla.

—¿Ocurre algo?

—¿No ha llegado el comandante Versinin?

—No. Y no se me ha avisado su llegada.

—Capitán, mi compañero y yo hemos de volver a cruzar la frontera.

—No tengo órdenes. Nada se me ha dicho. Lo siento, pero...

—Capitán, es muy importante. El comandante venía detrás de nosotros, pero la nevada ha debido retrasarle. Nuestros visados están en regla.

—Pero, ahí enfrente... Lo siento, no puede ser. Serían ustedes detenidos.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Eh?

—¿Cómo sabe usted que nos detendrán al otro lado, capitán? Hay muchas cosas de las que usted no está enterado.

—Bien, en ese caso, cuando venga el comandante Versinin...

—Puede que sea tarde. Bien, a su gusto. Esperaremos. Coronel...

Clare asomó la cabeza. Su rostro estaba contraído.

—Capitán, le haré responsable personalmente de esto. Procúrenos una habitación caliente para esperar al comandante.

El capitán dudó.

Clare hizo ademán de ir a salir del coche.

—Está bien. Si ustedes insisten...

Se volvió hacia el soldado que vigilaba el brazo de la barrera.

—Abra.

La barrera se alzó lentamente. La muchacha se metió de nuevo en el «Tatra» y Clare lo puso en marcha.

El timbre de un teléfono comenzó a sonar insistentemente en el interior de la caseta. El capitán se volvió hacia ella y comenzó a andar a pasos acompasados.

—Vamos —dijo ella—. Vamos, por el amor de Dios.

Clare puso el coche en primera y comenzó a rodar, lentamente, sin prisas. Cambió y el coche adquirió mayor velocidad. Estaban en mitad del puente cuando el capitán salió de su caseta agitando furiosamente el brazo.

—Y ahora —dijo Clare— todo derecho, que Dios nos acompañe.

Pisó el acelerador a fondo y se precipitó contra el lado austríaco de la frontera.

El gendarme de guardia abrió mucho los ojos al ver echársele encima la mole del «Tatra», que a su velocidad y con la cola en forma de aleta de su parte posterior, se asemejaba mucho a un avión.

—Agárrese.

No había tiempo para prevenir. Alik colocó los pies contra la pared del motor y se echó hacia atrás. Un momento después chocaban contra la barrera.

Esta se rompió por el centro. Los cristales del coche saltaron, pero... habían pasado.

Media hora después, y mientras un médico les curaba los cortes en la cara producidos por los cristales, y los policías austríacos los miraban curiosamente, el sargento de gendarmes penetró en la sala.

—El cónsul viene hacia acá, señor.

—¿Han dado órdenes de que no se haga público lo que hemos hecho? —preguntó Alik.

—Sí, efectivamente. Creo que solo contadas personas se han enterado. Con esta nevada está todo el mundo en sus casas.

—Asegúrese de que nadie se acerca por aquí —dijo ella.

El cónsul llegó a las tres de la tarde. La nevada le había impedido llegar más aprisa. Venía acompañado por un hombre de paisano pero que evidentemente era un militar. Lo declaraba cada uno de sus gestos.

—Coronel Raven —dijo—. Hemos tenido noticias de Washington —dijo, una vez que los policías los dejaron solos—. Escuchen, han hecho ustedes una de esas cosas que van a provocar... En mi calidad de agregado militar a la Embajada de Estados Unidos, considero mi deber decirles que deben ser expedidos inmediatamente a casita. Las cosas se van a poner calientes dentro de poco.

Les guiñó un ojo.

—Ignoro a qué viene todo esto. Oficialmente no quiero saber nada.

Clare sonrió.

—Espere un poco, porque la cosa no ha terminado todavía, coronel. Necesitamos una cierta... libertad de movimientos.

—¿Ah, sí? ¿Qué quieren, que me crucifiquen?

—Escuche, ¿no hay nadie del servicio secreto en la Embajada?

—Está enfermo. Él es quien me ha pedido que venga a recibirlos. De otra manera lo habría hecho personalmente, pero una maldita gripe...

—Necesitamos dos días —dijo Alik firmemente.

—¿Y qué se piensan que dirán los policías austríacos?

—Hablaremos con ellos después. Escuche, coronel, si no nos dan esos dos días, un hombre al que están buscando desde hace mucho tiempo, puede volatizarse. ¿Comprende?

—Ni una palabra. Pero, ¿qué le parece si telefoneamos a nuestro enfermo?

—¿Podemos hacerlo?

—Sí.

Cogió el teléfono y se quedó con él en la mano.

—No, la telefonista podría irse de la lengua. No es automático el servicio de Dürnkrut con Viena. En el camino podríamos... desviarnos un poco.

—Usted no puede meterse en esto, coronel Raven.

—Bueno, ya lo arreglaremos. ¿Vamos? Los checos deben estar armando ya un lío de todos los demonios.

—Vamos.

Montaron en el coche. El cónsul habló con los policías. Estos tomaron muchas notas, pero al fin los dejaron marchar.

Apenas el coche se puso en marcha, Alik dijo:

—Coronel, nuestro punto de destino está en el Leiserberge, al Norte. ¿Conoce la región?

—He hecho un poco de montaña en ella. ¿Qué lugar, exactamente?

—Entre Eichenbrunn y el Zaya, en la vuelta del río.

—Un sitio bastante agreste, ¿no?

—Sí.

El coronel los miró agudamente.

—Escuchen. Mi obligación sería transportarlos inmediatamente a

Viena, pero ya que estamos metidos en esto... ¿necesitan ayuda?

La joven vaciló ligeramente.

—No.

—¿Estará *Willie* en ese lugar?

—Sí... Bueno, creo que sí. Es lo más probable, si no ha sospechado algo y ha emprendido la huida. Pero es su retiro favorito.

—¿Con el nombre de Atanasius?

—Desde luego que no. Es... Bien, hemos llegado demasiado lejos ya. Se hace llamar Anton Krug.

—¿Por qué no lo comunicó antes a Washington?

—Lo saben desde hace quince días. Desde el momento en que lo supe de cierto.

—Ya. Bien, en ese caso, vamos.

En Wilfersdorf, el cónsul y el coronel alquilaron un automóvil, dejándoles a ellos aquel en que iban. Clare tomó el volante.

—Tú diriges.

Lo puso en marcha. Ella estaba tan cerca, que a él le bastó alargar la mano para tocar la de la muchacha.

—Alik...

—¿Sí?

—Gracias.

—Es nuestra obligación, ¿no? Ayudarnos unos a Otros. Estamos encerrados en la misma jaula. Tenemos que tratar de salir de ella de la mejor manera posible.

La mano de Clare apretó la suya.

—Cuando acabe todo esto, tengo algo que contarte. Algo que no conoces.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

—Sí.

La miró agudamente.

—Ambos somos agentes secretos. Aquí no hay micrófonos y podemos decirlo con seguridad.

—Eso no es todo.

—¿Qué, pues?

—Lo sabrás... cuando haya acabado todo. Y entonces lo más probable es que no quieras volver a oír hablar de mí.

—Esperaré a que acabe todo, entonces.

Le estrechó la mano.

—Aunque no creo que «deje de desear verlo».

En silencio continuaron el viaje. A su izquierda, perdido en la nevada, se veía el valle del Zaya. Hubo un momento en que pensaron que el automóvil no podría continuar. Pero un poco más allá la duda se convirtió en sospecha. No podían seguir.

—No estamos lejos —dijo ella abriendo la portezuela—. Vamos.

Tenemos que subir.

—¿Mucho?

—Una media hora. El sitio está bien elegido.

Cogieron las pistolas y se aseguraron de que estaban cargadas y a punto.

—¿Cuánta gente hay con él? —preguntó Clare.

—Suele haber dos hombres. *Willie* no necesita mucha gente. Sus informes los consigue en otras esferas. Pero tiene dos guardaespaldas. Hombres que saben manejar las armas. Espero que tú también sepas hacerlo.

—Sé. ¿Cómo descubriste quién era? ¿Y cómo te admitió a su servicio?

—No has entendido. Fue Atanasius quien me tomó a su servicio. Descubrí casi por casualidad quién era.

Había una pregunta que estaba quemando los labios a Clare. Por fin se decidió a hacerla. Pero lo hizo de una manera un poco vacilante.

—Tú eras su secretaria. Pero... la noche que mataron a Matuchek estabas en su habitación.

Ella lo miró. Sus rostros en la nevada, apenas se distinguían.

—Sí.

Le tocó el brazo con la mano.

—Atanasius es... muy aficionado a las mujeres. Y yo quería saber dónde se escondía... cuando no era Atanasius. ¿Cómo crees que sé el sitio en que podemos encontrarlo? ¿Por ciencia infusa? No.

Clare sintió que le hervía la sangre. Se volvió hacia ella y la tomó en sus brazos.

—¿No hubo nada entre vosotros?

Ella respondió serenamente:

—¿Tienes derecho a preguntarlo?

—¡No, diablos, pero...! ¡Me gustaría saberlo!

—No lo hubo. Y ahora, si no queremos que la noche nos coja en la montaña, subamos.

Emprendieron el camino. Media hora más tarde, y en medio de una espesa nevada, estaban en un claro del bosque. Allí, con la espalda firmemente apoyada en una roca, había una casa de madera, grande, de un solo piso. De la chimenea se escapaba un delgado chorro de humo.

—Entraré yo primero —dijo ella en voz baja—. Sígueme inmediatamente o no podrás entrar después. Necesitamos la sorpresa.

—Entendido. Yo me colocaré al otro lado de la puerta.

La joven dio unos pasos, mientras él avanzaba oblicuamente hasta colocarse junto a la pared de maderas pintadas de color oscuro. Ya casi era de noche.

La joven llamó a la puerta. Durante un momento, nadie respondió. Luego, una voz preguntó desde el interior.

—Yo, Helda.

La puerta se abrió, la inconfundible silueta de Atanasius, alta, gruesa, gigantesca, apareció en el umbral.

—Te has retrasado tres días. ¿Cómo es que ha ocurrido?

—Ahora se lo contaré. Estoy helada.

—¿Estás segura de que no te han seguido?

—Completamente segura. Nadie tiene por qué seguirme.

—Pasa.

La joven cruzó el umbral, y se apartó a un lado. Clare dio un salto y se encontró junto a Atanasius. Este abrió mucho los ojos y luego los volvió a entornar.

—Así que...

—Levante las manos y colóquelas en la nuca. Ni un solo movimiento.

Atanasius obedeció. Pero sus ojos no estaban fijos en Clare sino en la mujer.

—Así que trabajabas para ellos, al fin y al cabo. Debí suponerlo.

Estaba tendiendo una cortina de humo. Hablaba para disimular...

—¡Cuidado!

Alik había sacado la pistola y apuntaba hacia el interior de la habitación. Allí, junto a la chimenea que decoraban cabezas de ciervo y jabalí, algo se había movido.

Clare metió el codo en la tripa de Atanasius, lo hizo a un lado y disparó. Un agudo aullido.

Con fuerza y mala intención, Clare golpeó a *Willie* en la cara, lanzándolo contra la pared, recubierta de esteras de fibra.

—¿Hay alguno más?

Willie se limpiaba la cara. Un delgado hilo de sangre le descendía por la mandíbula.

—No hay nadie...

—No hagas caso. Debe haber otro...

La bala pasó a dos centímetros de la oreja de Clare. Este se inclinó. Vio la puerta, que volvía a cerrarse y descargó sobre ella el contenido de la «Skoda». Un ahogado gruñido y el ruido de una caída.

—Vigila a este cerdo. Voy a ver si está herido o...

Se dirigió a la puerta y la abrió de un puntapié. Un hombre estaba caído al otro lado y respiraba estentóreamente. Le había dado dos veces a través de la delgada hoja de madera.

Lo volvió. No le quedaba mucho tiempo de vida. De noche, estaba en las últimas.

Volvió al salón. La chimenea ardía alegremente, ajena a las tragedias de los hombres.

—Y ahora, usted, *Willie*.

—¿Es que piensa matarme?

—No, desde luego que no.

—Soy austríaco, no pueden...

—No se preocupe, Austria está adscrita a la Interpol —dijo Alik. Se había acercado al fuego—. Pero si hubiésemos avisado a la policía austríaca, quizá usted habría podido escapar. De esta manera, no tendrán más remedio que prenderlo, y no habrá alguno de sus amigos, cerca para poder darle el sople.

Hizo una pausa.

—Siéntese, *Herr* Atanasius, mientras llamo por teléfono.

Se dirigió hacia el aparato. Antes de levantarlo de su horquilla, se volvió hacia Clare.

—Seguramente no podrán venir por nosotros hasta mañana. Tenemos tiempo de hablar. De hablar mucho. Tú, *Willie*, y yo.

—Completamente de acuerdo —dijo Clare—. Por completo. Tenemos una larga noche por delante. Y muchas cosas que explicar. Todos, como acabas de decir.

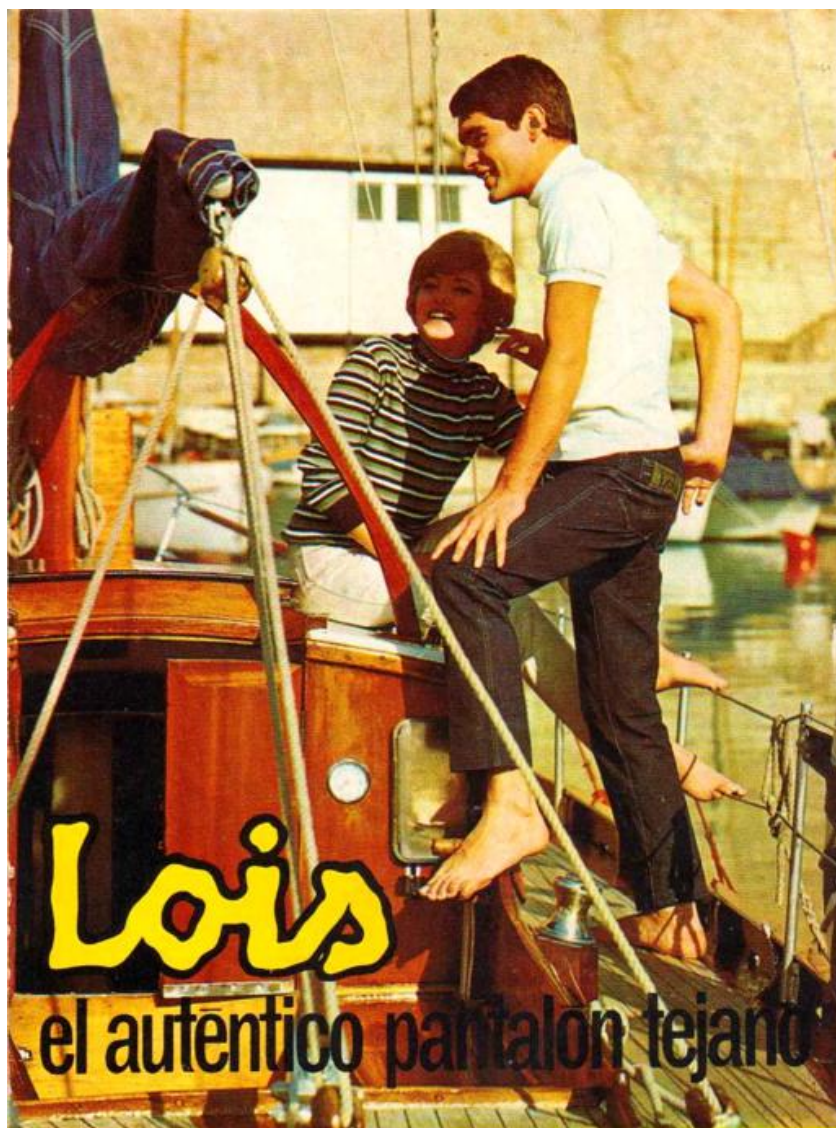
Sus manos se unieron sobre el teléfono. *Willie* les miraba con un odio que casi se mascaba.

—Nunca debí fiarme de una mujer —dijo.

—Nunca debió *encapricharse* de una mujer —rectificó ella—. Vamos, siéntese.

Y la larga noche comenzó.

F I N



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.